

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EL CASTILLO DE MONTFORT.

LEYENDA DEL SIGLO XVI.

En su estado actual de degradacion, este castillo presenta una de las ruinas mas pintorescas de la Borgona. Precedido de una larga calle de nogales, hendiéndose casi todos por el impetuoso viento que reina constantemente en las cimas de las montañas, y de una cruz gótica mutilada en 1793, ofrece á la vista, por la parte del mediodía, y por detrás de una espaciosa y amena pradera, tres torreones octogonos muy elevados. Los denominados del *Este* y de los *Calabozos*, defienden una portada en forma de ogiva muy bien conservada, armada en otro tiempo de rastrillos, puentes levadizos, barbacanas y rebellines. El tercer torreón llamado del *Oeste* y *Torre de Amelia*, está unido á los otros dos por una fuerte muralla. Las cocinas, el común, y los almacenes estaban situados en el piso bajo por la parte de la derecha: por la de la izquierda y en toda su estension, corría un inmenso establo abovedado, sostenido por pilas tras adornadas con esculturas de muy buen gusto. Enfrente habia un edificio bastante capaz en donde se hallaban las habitaciones, y aquel cuerpo se elevaba á pico sobre el peñasco que servía de base al castillo. Muchas escaleras conducían á las tres torres de la fachada y á otras menos elevadas que protegían el recinto de aquella noble mansion feudal. Mas allá de la portada, á la derecha, estaba la capilla, adornada en otro tiempo con una rosa primorosamente esculpida, y de que no quedan ya mas que algunos fragmentos. Desde allí, según la tradicion, el último de los palatinos arcabuceó undia al baillío de Auxois, que volviendo de Montbard á Semur, cabalgaba á *manera de Señor*, inclinándose demasiado á la derecha del camino. Los subterráneos eran del mismo modo magníficos. Uno de ellos especialmente, sostenido como el de Chillon, por siete columnas, se mantiene todavia en un estado de perfecta conservacion. El salon de la moneda, ó sea tesorería, cuya bóveda descansa en una sola columna, en la cual terminan unos arcos de mucho atrevimiento y ligereza, atestiguan el antiguo esplendor del edificio, con los muchos hornillos rotos, y estatuas mutiladas que se ven esparcidas por el suelo. Mas volvamos á la torre de Amelia, y al trágico acontecimiento de que fué teatro hace dos siglos y medio.

Parece que el cielo, en sus impenetrables decretos, se complace en marcar con un sello de desgracia á los seres que ha destinado á experimentar reveses que escuden la medida ordinaria. Amelia de Orange, cuya historia tratamos de trazar, parecia pertenecer á una familia cuyo destino era de los mas crueles. Su madre, Luisa de Coligny, habia visto asesinar al héroe á quien debía la vida. El almirante Coligny acababa de sellar con su sangre su adhesión á las creencias religiosas, y de sucumbir como una víctima de la debilidad de Carlos IX, y de la desapiadada doblez de Catalina de Médicis. El joven y hermoso Theligny, que habia dado por esposo á su hija, acababa tambien de sufrir la misma suerte, y Luisa quedaba viuda y huérfana, siendo aun muy jóven, con las ventajas de nacimiento, fortuna y belleza, que podían hacer que su mano fuese objeto de las ambiciosas miras de una multitud de pretendientes.

Como el ejemplo de una corte corrompida, hacia muy poco escrupulosa á la juventud en cuanto á los medios de conseguir sus fines, Luisa debió pensar en hacer una eleccion que la pusiese á cubierto de las persecuciones de que era objeto. Entre los señores que aspiraban á su enlace, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, no era en verdad el mas jóven ni hermoso, pero el alma de Luisa sabia apreciar cualidades mas sólidas, y en cuanto concluyó el tiempo del luto de su viudez, dió su mano y sus inmensas riquezas al héroe de los Países Bajos, cuyo nombre ha llegado á ser inmortal, por la emancipacion de las provincias que arrancó á la dominacion española, y que aportaba al matrimonio un dote de gloria y esplendor que no podían igualar todas las ventajas de sus rivales.

Una eleccion tan sensata y digna como la que acababa de hacer Luisa, tuvo para ella consecuencias muy felices. A fines del primer año de su union conyugal dió á luz un niño, Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, cuyas heroicas cualidades hicieron famoso su nombre. Al año siguiente, Luisa llegó á ser madre de una niña, á que puso por nombre Amelia, y que colmando los votos de sus padres, embelleció con sus juegos infantiles, el noble castillo de Montfort, que habian elegido para su residencia.

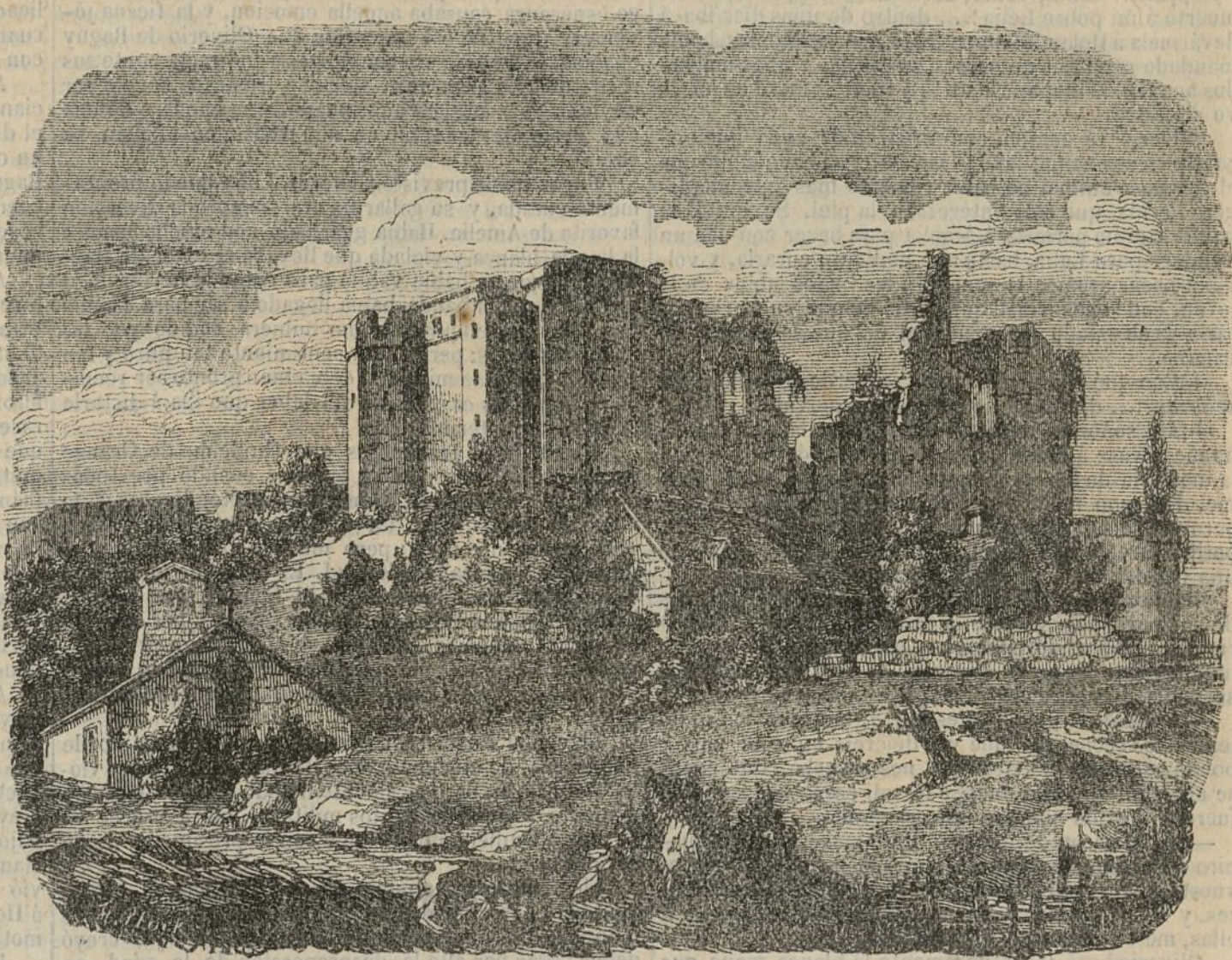
El príncipe Guillermo adoraba á la jóven y encantadora Amelia, y cuando despues de las largas ausencias á que le obligaban los intereses de la Holanda, volvía á deponer sus laureles para no ser mas que esposo y padre, su felicidad llegaba al mas alto grado, al lado de una muger querida y de sus dos hijos, cuyos inocentes juegos miraba su paternal corazón con la mayor complacencia, como tambien sus cualidades nacientes. Si contemplaba con orgullo á su hijo, cuya juvenil frente parecia ya radiante de gloria, y cuyas diversiones guerreras y bullicioso carácter hacían presagiar sus altos destinos y belicosa carrera, estrechaba contra su corazón con la mas profunda ternura á la jóven Amelia, cuya figura celestial y angelical dulzura, parecían pertenecer mas bien al cielo que á la tierra.

Cuando razones de estado arrancaban á Guillermo de Orange de sus afecciones de familia para dedicarse á sus gloriosos trabajos, experimentaba una pena que

ba se decidió á sacarla del dulce asilo en donde hasta entonces habia vivido, y colocarla en otra esfera en donde pudiese encontrar un esposo que fuese digno de ella.

No sin penosa emocion recibió Amelia la nueva de una partida que la arrancaba de sus ocupaciones domésticas, sus flores, de sus pájaros, su querida cierva, y (decimos toda la verdad), de un objeto que su corazón habia distinguido, y que sin que casi ella misma lo supiese, la producía un sentimiento que jamás se hubiera atrevido á dejar traslucir.

Entre los señores de las inmediaciones que de cuando en cuando iban á visitar á los nobles habitantes de Montfort, el príncipe Guillermo daba muestras de aprecio al jóven baron Oliverio de Ragny, huérfano de padre y madre, dotado de una razon precoz, y de todas las cualidades que podían grangearle una alta nombradía. Oliverio, á los veinte y cinco años, ofrecía el feliz conjunto de todo lo que puede atraerse la estimacion de los hombres y producir una fuerte impre-



Vista del castillo de Montfort.

no sofocaban sus ambiciosas preocupaciones. Este disgusto provenia del entrañable cariño que profesaba á su esposa y á sus hijos. Bajo la coraza del noble guerrero palpitaba siempre el corazón de un esposo y un padre, y mas de una vez, en el momento de la despedida, cayó una lágrima sobre la brillante banda bordada por Luisa y Amelia, y descubrió la emocion de aquella hermosa alma, que sabia enlazar los mas dulces afectos con los elevados pensamientos del hombre de estado. Su última caricia era siempre para Amelia, que despues de arrancarse de sus brazos, se apresuraba á subir á una de las torres de la fachada del castillo, para ver desde allí bajar á su padre la montaña, rodeado de su numerosa escolta y enviarle el último beso en una matita de campanillas arrancada de las almenas.

La adolescencia de Amelia habia reemplazado á esa edad brillante, edad de la juventud en que principian á manifestarse todos los tesoros de la hermosura. Acababa de cumplir diez y seis primaveras, y en vano se habria buscado una jóven mas bella, ni mas ricamente dotada de cuanto una excelente educacion puede añadir á los dones de la naturaleza. El príncipe Guillermo todavia no la habia llevado con él á Holanda, y en el retirado palacio de Montfort habian trascurrido los venturosos años de su infancia, bajo la vigilancia y perspicaz vista de su madre, cuya instruccion, superior á la de los hombres de su siglo, podía suplir con Amelia, á cuantas lecciones la fuera dable recibir en otra parte. Mas el príncipe, envanecido con su hija, y sabiendo cuántos peligros rodeaban al rango que ocupa-

sion en el corazón de las mugeres. Si el nacimiento y las riquezas del baron no igualaban á las del príncipe Guillermo, la bandera de la casa de Orange, hubiera no obstante, podido sin degradarse, unir su leon y sus leopardos coronados de azul, á las simbólicas palomas que adornaban el escudo del señor de Ragny: pero un obstáculo mas insuperable separaba á estas dos nobles casas: el príncipe de Orange profesaba la religion reformada, y Oliverio de Ragny era celoso católico, lo que en aquellos tiempos de intolerancia religiosa era un motivo para romper aun las mas dulces afecciones.

Oliverio no pudo ver dos veces á Amelia de Orange sin sentir el poderío irresistible de sus encantos: mas conociendo la inflexibilidad de los principios del príncipe, comprendía desde luego la inutilidad de unas esperanzas, que sin aquel obstáculo hubiera podido concebir. Como hombre de honor, creyó que debía hacer menos frecuentes unas visitas que no hubieran servido mas que para alimentar una pasión sin esperanza, y se pasaron muchos meses sin que volviese á Montfort.

Sin embargo, divulgóse por todo el canton el rumor de que el príncipe de Orange iba á marchar á Holanda, y que aquella vez le acompañarian las dos princesas. Amaban á Guillermo todos sus vecinos, y aun los que no participaban de sus creencias religiosas, hacían completa justicia á su lealtad, á su bondad, y á aquella caridad evangélica, que hacia encontrar á todos los desgraciados un padre en su persona, y un asilo bajo su noble techo.

Cuando se supo la próxima partida del príncipe y

de su familia, fué muy numerosa la concurrencia que acudió al castillo de Montfort. En aquella circunstancia, Oliverio de Ragny, no pudo eximirse de seguir el ejemplo de toda la nobleza de las cercanías. Fué, pues, también con el corazón agitado por una turbación que consiguió no obstante dominar especialmente, cuando al entrar en el salón, una rápida ojeada le convenció de que Amelia no estaba en él. El príncipe y la princesa le recibieron afectuosamente, y le invitaron a que permaneciese en el castillo hasta el día siguiente; pero se escusó diciendo que iba únicamente a ofrecer sus votos y sus respetos á SS. AA., y después de algunos momentos de conversacion, partió con el alma oprimida por dos sentimientos opuestos, el pesar de no haber visto á Amelia, y la certidumbre de que su ausencia era para él un beneficio del cielo, pues que una sola mirada de aquella joven hubiera sido suficiente para avivar la activa llama de su corazón, y hacerle el mas desgraciado de los hombres.

Dominado Oliverio por una dolorosa preocupacion bajaba lentamente por la montaña, dejando marchar á su corcel al paso, cuando oyó un ruido por la parte de la aldea, producido por voces de mugeres, entre las que su corazón, mas bien que su oído, creyó reconocer la de Amelia. Olvidando al punto sus temores y su propósito picó con las espuelas al caballo, llegó junto á un grupo de aldeanos, y vió en medio de ellos de rodillas á una muger, junto á una cierva herida en el lomo, cuya sangre corría con abundancia. Por su esbelto talle y hermosos cabellos rubios, Oliverio reconoció inmediatamente á Amelia, cuyo rostro no veía todavía; mas al ruido que hizo al apartar á los labradores, se volvió y le dijo:

—¡Ah!... venid, venid, baron de Ragny, mirad, ¡han muerto á mi pobre Lelia!... dentro de unos días iba á llevármela á Holanda: mi padre, á instancias mías, habia mandado preparar un carrito para ella, y unos malvados acaban de dispararla un tiro como si fuese un ciervo silvestre.

Oliverio se acercó, con un poco de agua que encontró en una zanja; lavó la herida, y vió con júbilo que el hermoso animal no habia recibido mas que una ligera herida que solo interesaba la piel. Se quitó su banda y pidió permiso á Amelia para hacer con ella un vendaje para Lelia, hasta que pudieran curarla, y volvió á hacer asomar la sonrisa á los lindos labios de la joven, con la seguridad que la dió de que su cierva estaría ya en estado de seguirla el día que se pudiese en camino.

—¿Con qué queréis llevar un recuerdo de la Borgoña señorita?... dijo Oliverio con voz conmovida.

—¡Ah! señor de Ragny, contestó Amelia, aun cuando no me llevase á Lelia, jamás se borraría de mi corazón la memoria de los lugares en donde he nacido. Creedme, deo con mucho sentimiento mi pacífico retiro; pero vos sois el único á quien me he atrevido á decirlo, porque la voluntad de mi padre, siempre será para mí una voz del cielo.

Hablando de este modo, se escaparon dos lágrimas de sus párpados, y fueron á caer en la mano de Oliverio que habia asido la suya, y que arrebatado por un impulso que no pudo dominar, la dijo de modo que solo ella pudiera entenderle:

—¡Amelia!... ¡ángel celestial!... tan bien son indelebiles los recuerdos que vos dejareis en este país y pongo por testigo al cielo que nos escucha, que jamás se apartará vuestra imagen de mi corazón, sea cuál fuere el destino que nos esté reservado.

—Adios, baron de Ragny, dijo Amelia con un suspiro mezclado de lágrimas; mis pensamientos y los vuestros volverán á encontrarse en lo alto de esas torres, y si soy tan afortunada que pueda volver pronto á ellas, me conceptuaré feliz al veros.

Oliverio besó respetuosamente la blanca mano que todavía tenia entre las suyas, y sin proferir ni una palabra mas, montó otra vez á caballo y partió á galope. Antes de dejar la senda que seguía para salir al camino, volvió la cabeza y vió á Amelia en el mismo sitio, dando sin duda órdenes á los aldeanos para que llevarsen la cierva. Creyó ver agitar en el aire un pañuelo blanco como señal de despedida.... ¿Era acaso una ilusión?... Dios lo sabe: pero lo cierto es, que el joven baron llevaba en su corazón mas amor del que convenia para su tranquilidad y su ventura.

Tres días después de aquella conversacion que dejó en el alma de los jóvenes huellas eternas, se vió una mañana salir del castillo de Montfort una compañía de hombres de armas, en medio de los cuales ondeaba la bandera del príncipe. Aquella tropa precedía á un coche, (nombre que se daba entonces á los carruajes destinados á trasportar señoras de elevada gerarquía), forrado de terciopelo de color azul celeste, y en cada uno de los coginetes ó almohadones estaba primorosamente bordado el escudo de Orange y el de Chatillon, título de la familia de Luisa de Coligny. Junto á la portezuela de la derecha, cabalgaba en un magnífico palafren el príncipe Guillermo, cubierto con una resplandeciente armadura, y adornada la cabeza con un ligero casco con embutidos de oro, y un penacho anaranjado, azul y blanco. Detrás del coche iban dos hacenas blancas, cubiertas con ricas gualdrapas, y destinadas para las dos princesas, en caso de que, fatigadas del carruaje, quisiesen andar á caballo una parte del camino. Seguían luego dos furgones para las criadas y la vajilla indispensable en un largo viaje, puesto que en aquella época, las pocas hospederías que se encontraban en los caminos, no estaban montadas de modo que pudieran recibir dignamente á semejantes perso-

nages. Por último, cerraba la marcha un bonito carro entoldado con lona azul, en que se veían bordados con lana los escudos de armas de Orange y de Chatillon. Las ruedas de aquel carrito eran muy bajas, y toda su construcción ligera y graciosa como el objeto á que estaba destinado. Aquel era el vehículo de viaje de Lelia. Una espesa y blanda cama de heno fresco, preservaba al hermoso animal herido, del traqueteo é incomodidad del camino.

Como aquella comitiva casi régia, viajaba á jornadas muy cortas, empleó mucho tiempo en llegar á Delft en donde el príncipe tenia un palacio que prefería á todos los demas. Por fin estuvieron ya en él, y apenas circuló la noticia, corrieron de todas partes á ofrecer á los príncipes los homenajes de una población que se conceptuaba feliz con verlos. Ofreciéronles festejos brillantes, y si la juventud holandesa no tenía la gracia que en todos tiempos ha sido patrimonio de los franceses, el deseo de parecer bien á los ojos de Luisa y de Amelia, impulsó á los jóvenes cuyo rango y fortuna les permitían acercarse á las princesas, á esmerarse en el peinado y en el traje.

Apenas se presentó Amelia en las fiestas, cuando la fama de su hermosura y maneras afables se extendió no solo por los Países Bajos, sino también por algunas provincias de la Alemania y el Norte de la Francia. De todas partes acudían nuevos admiradores á ver á aquella joven tan modesta, tan ignorante de su hermosura, y cuyo corazón conservaba un dulce recuerdo que la preservaba de cualquiera otra inclinación.

No llegaba ninguna noticia de Montfort sin que Amelia sintiese cubrirse su frente de rubor. Atribuían aquella turbación al placer que experimentaba al oír hablar de un país que le era tan querido; pero una vaga esperanza causaba aquella emoción, y la tierna joven creía que no era imposible que Oliverio de Ragny encontrase medio para comunicarla indirectamente sus recuerdos. Su esperanza siempre frustrada llegó á ser un dolor para su alma apasionada, y se apoderó de ella una profunda tristeza, cuando todos envidiaban su suerte.

Segun habia previsto Oliverio, Lelia quedó prontamente curada, y su gallardía era siempre la diversion favorita de Amelia. Habia guardado con mucho esmero la banda blanca y violada que llevaba el señor de Ragny, y de que se habia valido para curar la herida de la cierva. Aquella banda habia llegado á ser para Amelia una preciosa reliquia, que no hubiera cedido por las mas ricas joyas; pero aquel sentimiento tan puro y tan oculto á todas las miradas, debia bien pronto ser reemplazado por las exigencias del deber que iba á dictarla la voluntad paternal.

Apenas hacia tres meses que Guillermo de Orange estaba en Holanda con su familia, cuando por todas partes se presentaron numerosos pretendientes á la mano de Amelia. ¡Ay! un elevado nacimiento es sin duda una gran ventaja; pero muchas veces también es un obstáculo para la felicidad. El temor de un enlace desproporcionado hace alejar al hombre que tal vez habia escogido el corazón de una joven, y por respeto á las conveniencias del rango, se sacrifica una vida entera que hubiera podido ser dichosa, y que con mucha frecuencia suelen convertirse en un infierno anticipado.

El conde Federico Casimiro, príncipe palatino de Landsberg, de cincuenta años de edad, de carácter violento y celoso, pero ricamente dotado en cuanto al nacimiento, fortuna y talentos militares, fué á ofrecer su alianza á Guillermo de Orange con la presuncion de no ser desairado.

Efectivamente, aquella proposicion ofrecia tantas ventajas, que el padre de Amelia, que por otra parte ignoraba los secretos sentimientos de su hija, creyó deber pasar por alto la desproporcion de la edad, en favor de una union que aseguraba á su país un aliado poderoso, y en caso de necesidad un defensor valiente: Casimiro fué, pues, aceptado.

Cuando el príncipe anunció á Amelia la decision que habia tomado, la dulce y tímida joven bajó los ojos para ocultar las lágrimas que sentía iba á derramar, y saludó silenciosamente á su padre en señal de sumision. Tales eran las costumbres de aquel siglo, y el respeto que se tenía á la potestad paternal. Amelia por nada en el mundo se hubiera permitido la menor objecion: un padre era para ella la personificación de Dios sobre la tierra, y miraba como sagradas y sin apelacion las órdenes que emanaban de su voluntad. La madre de Amelia, que no veía mas que por los ojos de su esposo, y que como él, creía que el corazón de su hija estaba enteramente libre, recibió con júbilo el anuncio de su próximo enlace, y tenía un placer en acelerar los preparativos.

Nada puede dar una idea de la magnificencia, de los regalos que recibió la joven prometida. Pedrerías, encajes, telas preciosas, vajilla de oro y plata, equipajes suntuosos, caballos del mas subido precio, todo se prodigó á aquella joven, para ocultar en cuanto fuese posible, lo que faltaba de agradable y de mérito personal á su futuro esposo. Sin embargo, Casimiro no tenía nada de repugnante: á los veinte y cinco años, habia sido hermoso; pero aquella edad habia doblado, y su talle grueso, sus cabellos claros y encanecidos, y su rostro tostado por los trabajos guerreros, no tenían nada de atractivo para una joven de diez y seis años. Aun cuando el palatino hubiera sido joven y hermoso, Amelia apenas lo habria notado. Obedecía ciegamente las órdenes de su padre, y hasta el día de su matrimonio no levantó la vista para mirar á su prometido.

En la ceremonia nupcial se desplegó toda la pompa que podia realzar su solemnidad. La víspera por la noche, en el acto de firmar el contrato, el palacio de Delft resplandecía con mil luces de colores, y todas las habitaciones, llenas de la sociedad mas brillante, ofrecían un golpe de vista fantástico y muy animado. El palacio y estados de Montfort, formaron parte del cortejo de la joven esposa, y en esto su padre quiso hacerle un regalo agradable, conociendo la aficion que tenía á la cuna de su infancia, bien ageno de que la aproximaba á un sitio fatal para su reposo.

En cuanto concluyeron las fiestas de la boda, el palatino manifestó deseos de ir á tomar posesion de su palacio de Montfort. El motivo secreto de aquella marcha precipitada, procedía del carácter celoso y suspicaz, que no podia pensar sin estremecerse en los obsequios que Amelia recibía en la corte de su padre. Disimulando aquel ignominioso sentimiento, Casimiro supuso dar cierto colorido á su partida, con el especioso pretexto de la felicidad que suponía debía gozar en un retiro en donde seria enteramente de su muger, sin que la distrajera ningun cuidado extraño. Amelia, sumisa y resignada siempre, siguió á su esposo sin quejarse, y en cuanto llegó á su palacio adoptó el género de vida mas análogo al gusto de Casimiro, pasando los días en la torre en donde tenía su habitación, ocupada en leer ó en la costura, cuyas labores hacia que su mayordomo distribuyese entre los pobres del país.

Casimiro hubiera deseado dispensarse de hacer de su palacio el punto de reunion de la nobleza de la comarca; pero á menos de no pasar por un salvaje, ó de dejar adivinar sus celos, no podia cerrar la puerta á sus vecinos, y romper toda especie de relaciones con ellos. Mas pretestó que la salud de Amelia era muy delicada, para no permitirle que se presentase jamás cuando iba á visitarle algun vecino, y para no llevarla con él cuando iba á devolver las visitas.

Amelia no veía, pues, mas que á su marido y el anciano mayordomo que la habia visto nacer, y que era el distribuidor de sus limosnas. Hubiera mirado como un crimen averiguar qué se habia hecho el caballero de Ragny, y si alguna vez cruzaba por su mente algun recuerdo involuntario, la casta esposa de Casimiro se arrepentía y procuraba desecharle como un mal pensamiento.

A pesar de la vida casi claustral que observaba la joven castellana de Montfort, su celoso esposo encontraba continuamente algo que censurar en su conducta. Si habia abierto la ventana que daba á la calle de árboles el día que habia ido alguna visita al castillo, el feroz Casimiro veía en ello la intencion de que la mirasen los pasajeros, y le daban unos accesos de furor que hacían temblar á la desgraciada joven. La habia quitado su cierva favorita, su hermosa Lelia, que el príncipe de Orange habia vuelto á enviar á Montfort con los furgones que contenía el ajuar de Amelia. Aquella cierva llegó á ser un animal odioso al palatino, no solo porque le causaba envidia el cariño que la tenía su muger, sino porque el placer que experimentaba en verla correr y saltar por el patio del castillo, servía de pretexto á Amelia para bajar y salir del torreón en donde estaba confinada.

Aquel estado de cosas pareció tan injusto al antiguo mayordomo, que creyó conveniente informar de él al príncipe de Orange, y hacerle saber cuán desgraciada era su joven ama. Guillermo, que esperaba una conducta bien diferente del que habia elegido para yerno, creyó que debia explicarse con él acerca del particular. Bajo pretexto de confiarle una mision importante, y reclamar el auxilio de sus talentos diplomáticos, le envió un mensaje invitándole á que fuese cuanto antes á Holanda, pero sin decirle una palabra del verdadero motivo que le hacia desear su presencia.

El anhelo de brillar en un puesto inminente, contrabalanceaba en el pecho del palatino la pasion de los celos. Pensó que hallándose Amelia muy próxima á ser madre, no podría salir ni recibir visitas. Partió, pues, y su dulce victima pudo por fin respirar en paz durante algun tiempo.

Seis semanas después de la partida del palatino, la joven princesa dió á luz un niño, á quien puso por nombre Federico. Aquel fué un momento de júbilo para ella en medio de sus penas. Al cubrir de besos la cara de su hijo perdonaba á su esposo, y la parecia que en lo sucesivo seria mas tierno con ella, y tendría mas confianza cuando la viese únicamente ocupada en criarle y cuidarle.

La felicidad es el mejor bálsamo para la salud. Amelia, casi dichosa, se atrevía á entrever un porvenir menos sombrío; imprevista, como por lo regular acontece en su edad, habia recobrado toda la frescura y brillantez de su hermosura. No hallándose ya bajo la tiránica custodia y vigilancia del palatino, bajaba muchas veces al patio del castillo con su niño en los brazos, seguida de la fiel cierva que la habia sido devuelta. Quien la hubiese visto entonces tan bella, tan joven y tranquila, hubiera creído que era una de las graciosas vírgenes de Rafael, que se habia desprendido de su cuadro y sido animada con un soplo del criador.

Un día, el buen mayordomo la refirió que un ermitaño, que tenía su morada en una montaña paralela á la de Montfort, hacia un bien inmenso al país, no solo por las limosnas que distribuía, sino también por los remedios que suministraba á los enfermos. Esta narracion interesó vivamente á Amelia. Aunque su religion era muy diferente de la del anacoreta, su caridad le unía á él, y manifestó deseos de verle y llevarle una ofrenda para los pobres á quienes conocia mejor que

toda la pompa vispera por la noche, el palacio de colores, y todas las mas brillante, muy animado. En parte del día, se quiso hacer un que tenía de la aproximación.

la boda, el posesión de aquella muelo y se suspende en los días de su padre. D. Casimiro supo precioso preterir en un retirado, sin que la familia, sumisa y en quejarse, y el género de vida, dando los días en ocupada en leer a su mayordomo.

de hacer de bleza de la con salvaje, o de ar la puerta relaciones que era muy desentente para no llevar a marido y el anacer, y que era mirado como el caballero de Casimiro se un mal pensa-

observaba la esposo en su conduc a la calle de a al castillo, en de que la micesos de furor ven. La había elia, que el ar a Montfort Amalia. Aquel palatino, u o que la tena experimentaba a illo, servía de del torreon a-

usto al antiguo ormar de el al an desgraciada aba una condo para yerno, del particular. importante, y re-áticos, le en- cuanto antes del verdadero

minente, con- pasion de los próxima a ser. Partió, pues, en paz duran-

palatino, la jo por nombr lo para ella a la cara de que en lo se a mas confu- en criarle y

salud. Ame- un porvenir regular acon- la frescura y ose ya bajo la o, bajaba mu- nio en los bra- a sido devuel- ella, tan jóven e las gracias de su cua-

ador. ió que un er- tana paralel al pais, no solo n bien por los os. Esta nar- que su reli- a, su caridad y llevarle una ia mejor que

ella. Mientras su niño dormía, dió el brazo al mayordomo, y siguió la senda que conducía a la ermita. Atravesó el jardín y llamó suavemente a la puerta: un instante después salió a abrir el ermitaño. Tenía caída la capucha hasta los ojos, y no se le veían mas que las sandalias y los pies.

—Padre mío, dijo Amelia, si vengo a turbar vuestra soledad, no creais que me induce a ello una curiosidad indiscreta. Sé todo el bien que haceis a los pobres de mis estados, y desearia poner en vuestras manos algunas limosnas que podesis distribuir mejor que yo, que no salgo nunca, y no conozco a los necesitados.

Al oír aquella voz de ángel flaquearon las piernas al ermitaño, y con gran sorpresa de Amelia le vió caer sin sentido ni movimiento a sus pies. En aquel movimiento cayó también la capucha, y la princesa desparverida vió las descarnadas facciones, pero siempre presentes a su memoria, de Oliverio de Ragny. Mas muerta que viva iba a llamar al mayordomo, que se había apartado por respeto; mas volviendo en sí Oliverio, se agarró a sus rodillas y la dijo:

—En vano, señora, he querido ocultarme a vuestros ojos, y vivir sin embargo cerca de vos con este disfraz. El cielo, mas fuerte que mi voluntad, ha permitido que hayais reconocido al desgraciado que no ha podido encontrar, al saber vuestro matrimonio, ni su muerte ni el fin de su amor.

—Caballero de Ragny, dijo Amelia fuera de sí, dejadme huir de vos: pensad en ese lazo de que hablais, lazo que me hace criminal si permanezco un instante mas.

Al decir estas palabras arrojó sobre una mesa una bolsa llena de oro, y se escapó corriendo con el rostro bañado en lágrimas y demudado por el terror.

El viejo mayordomo, que se había quedado en el huerto, no comprendiendo nada del estado en que veía a su ama, aventuró algunas preguntas, mas como no obtuvo respuesta, la ofreció el brazo, cuyo socorro jamás fué mas oportuno para asegurar el paso vacilante de Amelia. En cuanto llegó al castillo corrió a encerrarse en su habitación; después tomó en brazos a su niño, que todavía dormía, le cubrió de besos y de lágrimas y le pidió tácitamente perdón por el vislumbre de felicidad que acababa de atravesar por su corazón, al encontrarse tan cerca de aquel cuya imagen la seguía sin cesar a pesar de sus esfuerzos para olvidarle.

Todavía se hallaba abrumada por el peso de la emoción que había experimentado, cuando la avisaron que acababa de llegar un correo de Holanda. Dió órdenes para que le hiciesen entrar, y la sangre se le heló en las venas al ver un hombre vestido de luto que la presentó un pliego sellado con lacre negro. No tuvo fuerza para dirigir ninguna pregunta a aquel hombre; rompió con trémula mano la cubierta, y apenas hubo leído las primeras líneas, cuando la acometieron horribles convulsiones, y exclamó con voz desgarradora:

—Padre mío!... ¡mi padre asesinado!...

Levantaron del suelo a la desgraciada Amelia; el mayordomo leyó el contenido de la carta, y fué conocida la espantosa verdad. El príncipe Guillermo de Orange acababa de ser asesinado en Delft, a la misma puerta de su palacio, por un malvado llamado Baltasar Gerard, natural de Yllefors en el Franco Condado. El odio que profesaba a las opiniones religiosas del príncipe, le había inducido a cometer aquel acto de fanatismo y de barbarie. El infortunado Guillermo había muerto de un trabuazo disparado a quemar ropa, de que le habían atravesado tres balas; y Amelia perdía un padre adorado, y un protector contra los malos procederes de su esposo.

Tan diversas sensaciones en un mismo día, no podían dejar de afectar la delicada organización de la desgraciada Amelia. Apenas habían trascurrido dos meses desde el nacimiento de su hijo, la leche se le subió al cerebro y se estravió su razón. En su delirio llamaba a su padre, le suplicaba que la librase de la cólera del palatino, y poniendo luego la mano sobre su corazón y hablando bajo, como si hubiera podido oír un ser invisible, murmuraba palabras dulces que ningún oído humano ha recogido, y que a nadie ha sido dado adivinar...

Muchas veces la desgraciada estaba mas tranquila; en un momento en que la muger que la asistía creyó poder entregarse al sueño, se levantó sin hacer ruido, dió el último beso a su hijo, y subiendo con presteza al alto del torreon en que habitaba, se arrojó desde la plataforma, y aquel cuerpo tan delicado y hermoso, se hizo pedazos en los peñascos que forman la esplanada del castillo de Montfort.

Veinte años después de aquel deplorable acontecimiento, Federico de Landsberg, baron de Montfort, é hijo de Amelia, hacia construir un monumento en memoria de su madre, y una losa de mármol blanco, que cubría el sepulcro de la princesa; tenía una inscripción en que se leían sus desgracias y sus virtudes.

La autora de esta narración ha visto lo que de aquel monumento ha dejado la revolución. Ha recorrido muchas veces las ruinas del castillo de Montfort, y visto en los mismos sitios los principales documentos que la han servido para referir unos hechos, cuya autenticidad se encuentra en los preciosos archivos de la provincia de Borgoña.

BIBLIOGRAFIA.

Hemos tenido el gusto de leer en el tratado que con el título de *Nueva Guía del Bañista en España* (1) acaba de publicarse, escrita por el joven profesor de medicina y cirugía don Aureliano Maestre de San Juan. Largo tiempo há se notaba la vaguedad, la duda, la incertidumbre que se apoderaba en la época ordinaria de tomar los baños, de las personas que deseaban usar este poderoso agente de la naturaleza, y en virtud de esta misma los numerosos accidentes a que se esponían, usando los baños a el arbitrio y sin regla alguna para su uso metódico. Este vacío que se encontraba en nuestra literatura, y que por desgracia nadie había tratado de llenar siquiera en beneficio de la humanidad, lo ha sido cumplidamente por el profesor a que nos referimos. En este libro de las dimensiones y proporcion conformes a su título y por lo mismo cómoda a los bañistas para sus diversas expediciones, se encuentra con laconismo y trazado a grandes pinceladas todos los datos que debe tener presente un bañista, sea cualquiera la clase de aguas que se decida a tomar, para obtener todos los efectos beneficiosos que se deduce del uso de estos mismos. Divide el tratado en tres libros; en el primero se ocupa de la parte histórica de los baños en todos los pueblos y en todas las edades; de los baños de agua simple en las diversas temperaturas que son aconsejados, no olvidando ninguna particularidad de importancia; de los baños de vapor; de los de río, con las consideraciones especiales del que baña nuestra capital; las reglas necesarias de la natación; y la esposición detallada de los numerosos establecimientos públicos de la corte.

En el segundo libro trata de las aguas minero-medicinales en general, y de cada una de las diversas clases de estas en particular; de los principales establecimientos minero-medicinales de España, presentados en numerosos y precisos cuadros sinópticos referentes a las aguas acidulas, sulfurosas, ferruginosas y salinas con espresion de si tienen ó no méxico director.

Las consideraciones generales sobre los baños de mar, épocas del año en que son mas convenientes; horas del día en que deben tomarse, higiene que debe seguirse antes del baño de mar y durante la temporada; precauciones que deben tenerse en consideración para ciertos estados particulares; del baño de mar propiamente dicho; modo de bañarse; duración del baño; número de baños que componen una temporada; baños templados calientes y frios de mar en bañera; afusiones y chorros del agua de mar a todas temperaturas; uso interior del agua del mar, de los efectos fisiológicos y curativos de esta clase de baños, y multitud de cuadros sinópticos de los sitios mas frecuentados por los bañistas en las costas de España, forman el tercero y último libro.

En vista de este pequeño resumen no dudarán nuestros lectores de la importancia de este libro que nos atrevemos a recomendarles, en la persuasión que las personas que deseen tomar baños encontrarán cuantos consejos puedan serles útiles para su buen efecto. Tiene además la ventaja este libro de estar escrito en un lenguaje acomodado a toda clase de personas aun las menos instruidas, habiendo procurado el autor huir de los términos técnicos que tan difícil hacen la inteligencia de todas las obras de medicina.

En la historia de las naciones, ocupa siempre un preferente lugar la poesía, este elemento de la infancia de los pueblos; porque es sabido que carecen de los encantos de la una, los que no han tenido la inocencia de la otra; pudiendo presentar como ejemplo palpable de nuestra tesis a los Estados-Únidos. Nació adulto este pueblo, y no podían lisonjearle las ilusiones poéticas que a las naciones que han tenido que hacer de ellas uno de los principales elementos de su existencia. Lo mismo sucede al hombre, cuya florida juventud es tan amiga de la poesía, como lo es de todo lo que alimenta las ilusiones de nuestros primeros lustros.

La España, esta nación eminentemente poética, no está hoy, sin embargo, en ese período de existencia que necesite y la halague la poesía, sobre todo si es de la escuela de Garcilaso y de nuestros amorosos vates. Por esto creemos, y lo hemos dicho ya otra vez, que se necesita demasiada fé, sobrada vocación, y tener un alma esencialmente poeta, para ocuparse en amorosas endechas pudiendo hacer abstracción de esa lucha de bastardas pasiones y encontrados intereses de que mas se ocupa la actual sociedad.

El joven que así obra hoy, tiene ya conquistado el título de poeta, y en verdad que bien lo merece el señor Fontan, caballero de la edad media en nuestro siglo, del que parece desviarse hasta en su aspecto y en sus atavíos.

A quien personalmente no tenga el gusto de conocerle, lea sus poesías, que son el objeto de estas líneas; saboree aquellas dulces emanaciones de su alma, y comprenderá sus sentimientos, verá en su autor a un verdadero trovador del siglo, al vate que ha sido

Harto feliz con mirar la sombra del bien querido:

(1) Se vende en la librería de Bailli-Baylliere calle del Príncipe.

al vate que pregunta en seguida a esa misma sombra

Sombra, ¿cómo has conseguido hacerme tanto gozar?

Es cuanto se puede espiritualizar la poesía, si nos es permitida tal frase.

Bien es verdad, que los sentimientos amorosos son llevados por el señor Fontan hasta una altura que pudiera ser sacrilega en quien no fuera tan cristiano como el joven poeta.

Habla de la dulce prenda del alma y la dice:

Al radiante y puro ser
Que es mi delicia, mi encanto;
A la divina muger,
Fuente de eterno placer,
Y manantial de mi llanto.

Se dirige a una hermosa, cuya imagen adora con entusiasmo, y termina el lindo soneto con estos excelentes versos.

Y haz se reduzca nuestra amante historia.
A ser yo, tu existencia; tu, mi gloria.

No hay duda que el autor de tales versos ha nacido para amar, para sentir con pasión, con la verdad que espresa. Mas no emplea todo su corazón en sus amantes: hay para él otro ser cuya existencia vá a la suya unida, que es su único tesoro, que es su madre.

Bellísimas son las octavas que la dedica; tiernísimos conceptos abundan en ellas, pero no podía ser otra cosa; nadie con tan dignos títulos que la muger que nos ama antes de que nos hallemos en el mundo.

Gratas, muy gratas deben ser las inspiraciones del señor Fontan a las damas, dulces para nosotros; pero no hallamos su utilidad para la literatura actual que amoldada al gusto mas ó menos estragado, se encamina sin embargo, a buscar menos ilusiones y mas verdad. No defendemos por esto el grosero positivismo de nuestros días: muy lejos de nosotros tan punible tarea; pero de una poesía que corrija los vicios como la de Horacio, que instruya como la de Homero, ó que critique como la de Beranger, a la de los vates que solo cantan a las flores y a las hermosas, hallamos una notable diferencia.

Y no es porque el señor Fontan carezca de las necesarias dotes para otra clase de poesía a la que muestra tanta predilección; los versos a las ruinas de Palmira, y los que dedica al eminente Azara, son un feliz ensayo en el género filosófico, en ese género de verdadero estudio y de plausible utilidad. En él quisieramos ver a nuestro amigo, y que los buenos y populares sentimientos que le adornan los inculcara en el corazón de los españoles, no solo cantando las virtudes de un hombre inmortal, sino tambien las glorias de nuestra patria para mantener perenne el patriótico fuego de nuestros pechos, por el cual han conquistado tan lisongeros laureles nuestros ascendientes.

Esta poesía tendria una verdadera enseñanza, una positiva utilidad, porque instruiria además al pueblo.

No seria esto una nueva era literaria; pero seria la continuacion de una página gloriosa de nuestra literatura.

En conclusion; la aparición de un nuevo poeta en la república literaria, es siempre un suceso plausible para nosotros; y si este vate posee una alma tan impresionable como la del señor Fontan, nos felicitamos doblemente, porque tambien le impresionarán otras cosas que las flores, las hermosas y su amor, y las dedicará tambien su estro fecundo.

A. P.

EL VIAGERO ESPAÑOL EN PARIS.

Para conocer mejor el pais en que has nacido, decía mi abuelo, procura alejarte de él. Esta máxima, que a primera vista parece un tanto errónea, participa de un fondo de verdad incontestable bajo todos aspectos. Nunca se pueden hacer mejores comparaciones que cuando experimentamos impresiones enteramente distintas de las que estábamos acostumbrados a recibir. Nuestra posición es diversa, y nuestras emociones nos llevan naturalmente al terreno del análisis contemplativo sin que nos apercebamos de ello.

Por eso yo, sumiso a todo cuanto decían nuestros mayores, y siguiendo por otra parte la tendencia de la sociedad actual, he querido y he podido viajar, y siendo Paris el punto donde he verificado mi primer estancia, he querido dar a luz mis impresiones, reservando para otra ocasión las que vaya recibiendo en Holanda, Inglaterra, Italia y los demás puntos del mundo europeo que vaya recorriendo sucesivamente.

Ahora bien; dando principio a mi ofrecida tarea, empezaré diciendo, que Paris es una población deliciosa donde nada le queda que desear al extranjero. Si Paris cede a Constantinopla y a Nápoles su posición, a Roma sus monumentos ó ruinas antiguas, a Londres su extensión, y a las Andalucías su clima, considerada bajo otros aspectos, es superior a las indicadas capitales. ¿Dónde se ven palacios como el Louvre y las Tullerías? Los emperadores romanos, señores del universo, ¿han habitado palacios tan ricamente adornados, lo

mismo en la parte interior que en lo exterior? La soberbia iglesia de la Magdalena es notable por la sencillez de su plan, por la opulencia de sus pórticos y por la elegante magestad de sus bóvedas. También son admi-

El aire de la capital es menos sano que el de las comarcas circunvecinas. Desde principios del siglo pasado no se ha dejado de trabajar, á fin de lograr destruir las causas que alteran la pureza de este clima; es de creer, que dentro de poco desaparezca este inconveniente.

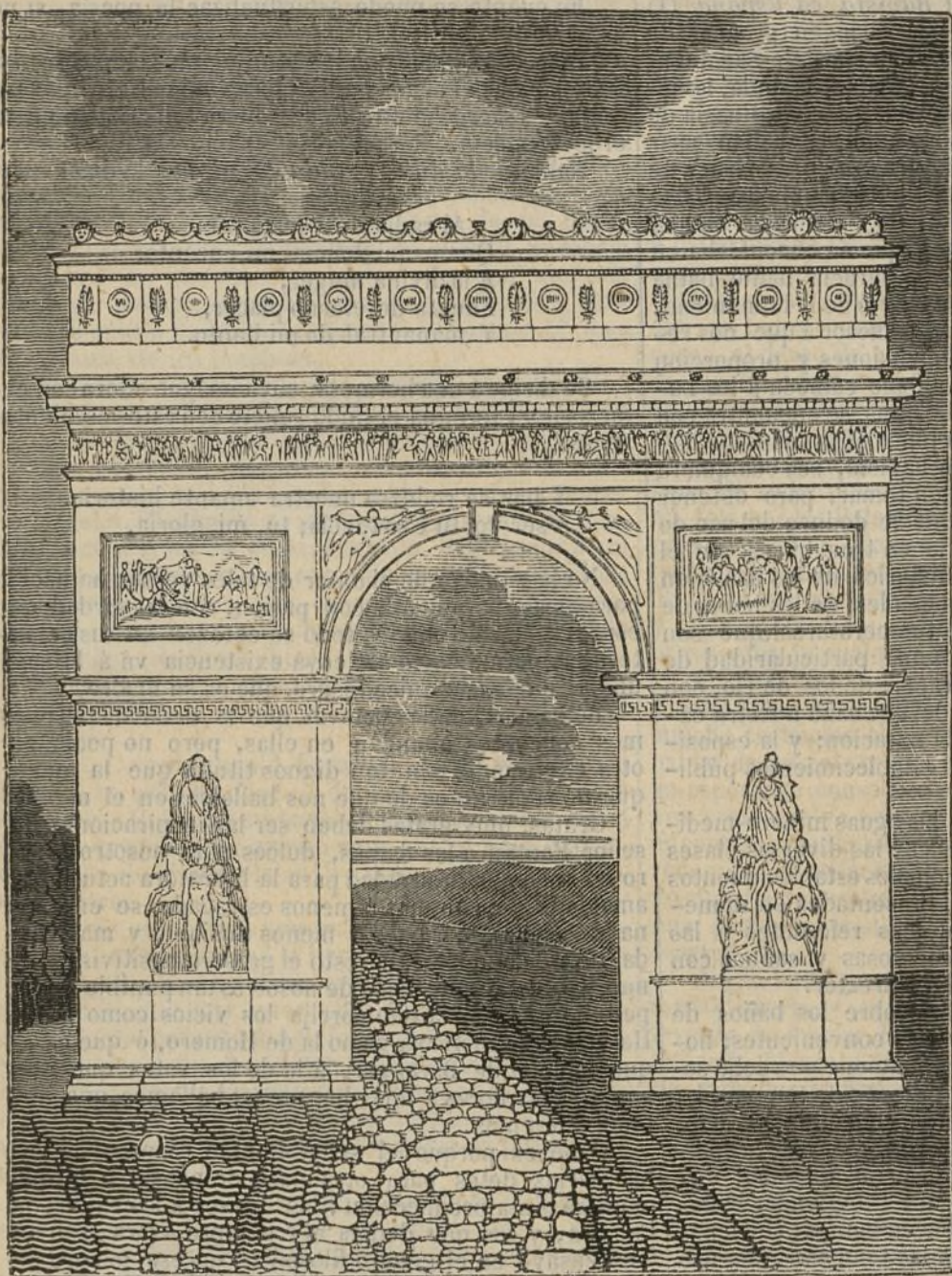
Antes de entrar en la descripción de algunos de los principales monumentos que embellecen esta capital, diré alguna cosa acerca de los peligros á que se vé espuesto el extranjero que llega á París.

Preciso es confesar que la corte de Francia es una agradable residencia; sus habitantes son extraordinariamente atentos, y de esta cualidad no se exceptúa ni la clase baja del pueblo; la grosería entre la gente sin educación solo se manifiesta en medio de la embriaguez ó de la cólera: en su consecuencia, el extranjero poco tiene que temer en este concepto.

Sin embargo, París cuenta en su seno muchos pillastres ó caballeros de industria; pero es fácil preservarse de su culpable destreza, como se quiera tener un poco de cuidado.

Las gentes mas temibles de este género, y de los cuales es preciso desconfiar, son los finjidos negociantes y los jugadores. A cada paso se encuentra á esta clase de hombres que sin saber cómo ni por dónde se mezclan en nuestros asuntos, y sucede á menudo que creyendo no tratar mas que con un solo individuo, tratamos con un centenar de ellos; estas son algunas veces sociedades completas. El uno tiene una gran casa, y sus lacayos, su cocinero, su portero y sus amigos,

Los billares públicos abundan en caballeros de industria; allí tambien se juega á las cartas; y la prudencia aconseja que se viva con estos truanes con el mayor cuidado. Existen ademas casas, cuyos emisarios instruyen á los dueños de ellos respecto á la llegada á los hoteles de ricos extranjeros. En su consecuencia, les dirigen sin cumplimiento billetes de convite para comer, pasar la *soirée*, etc.; pero el móvil de este singular cumplimiento es el de atraer á las gentes para obligarlos á jugar. Estas casas no son las únicas donde se estudia el modo de engañar á los



Fachada del arco triunfal de la Estrella, vista desde la Barrera.

rables el arco de la puerta de San Dionisio, y el de la Estrella; y este último admira mas todavía por sus proporciones colosales. El panteon de Santa Genoveva, el cuartel de los inválidos, la catedral, la Bolsa, el palacio de Luxemburgo, el puente de las Bellas Artes, etc. etc. Todos estos son monumentos del mas grande interés.

Han dado algunos á París las calificaciones de moderna Atenas, de capital del mundo civilizado, y hasta cierto punto no carecen de razón: en ninguna parte del mundo se hallarán tantas escuelas donde se enseñe gratuitamente toda clase de artes y de ciencias; ninguna capital de Europa, cuenta tan prodigioso número de bibliotecas que se abren diariamente al hombre estudioso, cualquiera que sea su patria, su edad ó su cualidad; allí se puede leer cuanto se quiera sin pagar ningun género de retribucion.

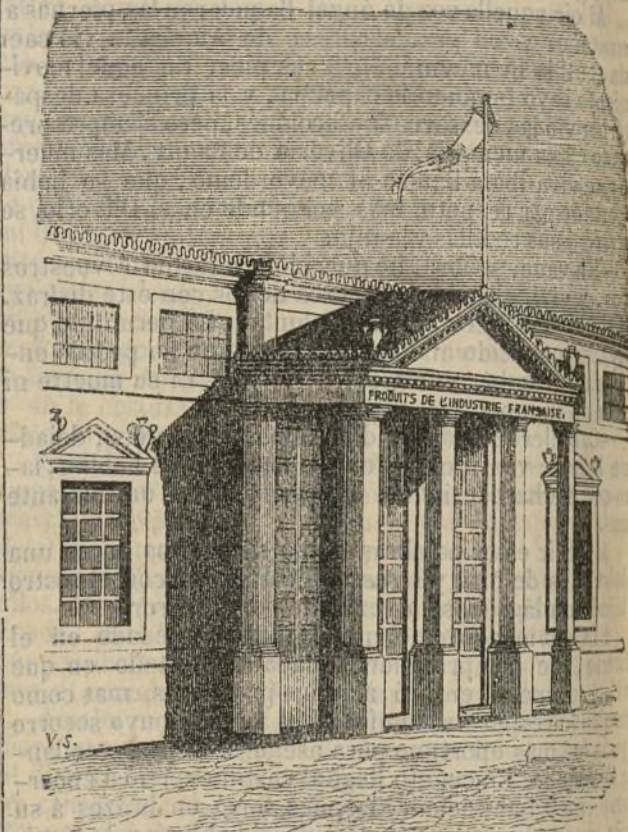
Los museos de esta gran capital, son los mas ricos de Europa; en el Louvre en sus salas é inmensas galerías, el pobre y el principe, pueden contemplar las obras maestras de la escultura antigua, los cuadros de los grandes maestros de las escuelas mas célebres; en el museo egipcio, encontrará el curioso viajero, momias, manuscritos y figuras de dioses egipcios, antigüedades estraidas de las ruinas de Herculano, y una multitud de curiosidades del mayor interés. En el mismo palacio del Louvre, existe un museo de marina, y muchas salas llenas de cuadros españoles.

En el museo monetario, se ven espuestas al público una infinidad de medallas y monedas de todos los siglos.

La materia bruta y organizada tiene sus museos en el jardín de las Plantas; todo se encuentra allí clasificado bajo un orden perfecto: animales de toda especie, vegetales y minerales. El gabinete de anatomía contiene esqueletos de un gran número de animales, empezando por el gigantesco elefante, y acabando por el mas diminuto insecto.

Creo que es reprehensible no ver á París siempre que lo permitan el tiempo y los medios.

suelen ser sus camaradas de industria. Tampoco es raro ver á uno de estos bribones condecorado, y siempre obran de manera que la autoridad no pueda reconvenirlos ni castigarlos; la policía los conoce y los vigila; pero en vano, pues jamás hallan una ocasión



Entrada principal del Conservatorio de artes y oficios.

incantados, pues tienen en París gentes muy honradas en la apariencia que se entregan á este oficio sin ningun escrúpulo. Por regla general, las tres cuartas partes de los jugadores de París, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, son unos bribones.

Justo es ya que pasemos á la descripción de los edificios mas importantes de París, proponiéndome recorrerlos todos; pero solo me detendré en aquellos cuya importancia merezca un análisis y de los cuales haya tenido documentos ó noticias y tiempo para analizarlos.

Del palacio de las Tullerías diré, que no siendo grande su importancia arquitectónica, y habiendo perdido la que le daba el ser habitación de los reyes de Francia, no nos detendremos á hablar de este palacio. Su aspecto es triste y pesado.



Catedral de Nuestra Señora.

favorable para obrar contra ellos legalmente.

También se debe desconfiar de los medios que emplean los agentes de negocios para engañar á los provincianos y á los extranjeros, pues proponen empleos que no existen.

El arco de triunfo de Carrousel fué erigido por Napoleón en 1806. Sirvió de modelo para su traza el emperador Séptimo Severo en Roma.

El arco de triunfo de la Estrella, se halla situado en la puerta ó *barrière* del mismo nombre. Su historia

es la siguiente. Habiendo Bonaparte igualado ó superado en victorias á los emperadores romanos, sus arquitectos le propusieron edificar un monumento digno de sus triunfos, y quisieron que el arco de la Estrella fuese el mas sólido y el mas colosal que hubiera existido. Fué decretada la obra por Napoleón y dió principio en 1806; le terminó Luis Felipe en 1836 y fué dedicado este monumento á la gloria de los ejércitos franceses. Este arco, el mayor que existe en el mundo, tiene cincuenta y un metros de altura, cuarenta y seis de anchura y veinte y tres de espesor. La descripción de sus ornamentos y escultura nos detendría demasiado.

La columna de Vendome está situada en la plaza del mismo nombre. Fué erigida por Napoleón para conmemorar los prósperos sucesos de sus armas en la campaña de 1815 en Alemania. Es imitación de la de Trajano en Roma. Tiene ciento treinta y cinco pies de elevación y doce de diámetro. Una escalera de caracol de ciento setenta y seis escalones conduce interiormente á una galería que domina sobre el capitel. Remata en una especie de linterna sobre la cual había una estatua de Napoleón á la heroica, que se quitó cuando entraron los ejércitos aliados en 1815; pero Luis Felipe la mandó fundir en bronce y colocar otra nueva que aun existe y representa al emperador en su traje acostumbrado: tiene de altura diez pies y medio.

La iglesia de la Magdalena es un soberbio monumento, digno de la grandeza y de la magnificencia de los romanos. Esta iglesia presenta el estilo y la forma de un templo antiguo de cien metros de longitud y cuarenta y dos de latitud. La obra de este importante edificio que caminaba con notable lentitud fué llevada á cumplido término, como otros muchos, por Luis Felipe.

La capilla espiatoria de Luis XVI está situada en la calle de Anjou San Honoré. Está erigida sobre el terreno del antiguo cementerio de la Magdalena, donde fueron oscuramente sepultados Luis XVI y su esposa, guillotinado en 1793. Luis XVIII fué quien construyó este monumento terminado en 1826.

El palacio Real, hoy llamado Nacional, fué principiado en 1629 para el cardenal duque de Richelieu, y terminado en 1646. La galería cercada de cristales y llamada de Orleans, tiene trescientos pies de largo y cuarenta de ancho y forma el principal frente del jardín.

La Bolsa, á pesar de los defectos arquitectónicos que tiene, es sin embargo un edificio muy digno de atención, y sobre todo bien situado; pero le falta el carácter de su destino, y lo propio sucede en Madrid

etimología de su nombre, se pierden en la oscuridad de los tiempos; todas cuantas disertaciones se han hecho sobre esta materia, no han producido nada satisfactorio. La parte antigua de este palacio, fué comenzada por Francisco I, y acabada por Enrique II. Habitóla Carlos IX, y desde una de sus ventanas, dió la terrible señal para la matanza de los hugonotes. El Louvre y las Tullerías, sirvieron de fortaleza el 29 de julio

Ignórase el año de la fundación de la Catedral de Nuestra Señora; pero consta que la obra ha sido suspendida y continuada en diferentes épocas. Es del estilo gótico y está adornada de un gran número de esculturas de gusto estravagante. La fachada principal es de mucho efecto: consta de tres grandes pórticos de elevación y formas desiguales, sobrecargados de una muchedumbre de adornos y estatuas deterioradas, ademas



Palacio del Instituto.

de 1830 á los soldados del despotismo: ambos palacios conservan aun señales de los ataques de que fueron objeto por parte de los patriotas. Los varios museos que encierra este edificio, son dignos de la mayor admiración.

San Vicente de Paul, está situado en la calle Hauteville. Comenzóse este edificio en 1824; la planta es un rectángulo, y sus dimensiones exteriores ochenta metros por treinta y seis. En la entrada principal hay

de las que desaparecieron en tiempo de la revolución. Sobre cada uno de los dos pórticos laterales se eleva á sesenta y ocho metros sobre el nivel del suelo, una enorme torre cuadrada de quince metros de largo. La planta de la iglesia es una cruz latina. La longitud del edificio es de ciento cincuenta y ocho metros; su anchura entre la nave y el coro, es de cuarenta y seis, la altura de la bóveda de treinta y tres.

La Casa de ayuntamiento (Hôtel de Ville), se halla situada en la plaza de Greve. Púsose la primera piedra del primitivo edificio en 1533; pero el que hoy existe se levantó sobre las ruinas de aquel. El estilo de su arquitectura deja mucho que desear, y sin embargo el conjunto es de grande efecto.

El palacio del Instituto fué fundado en 1664 por el cardenal Mazarino. En este edificio celebran sus sesiones las cinco academias que componen el Instituto, y son: la francesa, la de inscripciones y bellas letras, la de ciencias, la de bellas artes, y la de ciencias morales políticas.

El palacio Borbon, ó Cámara de los diputados, está situado en la calle de Lille. La fachada que dá frente al puente de la Concordia contribuye al magnífico efecto de la plaza del mismo nombre. En la parte baja se ven sobre sus pedestales las estatuas de la Justicia y la Prudencia, y un poco mas adelante cuatro figuras colosales sentadas que representan á Sully, Colbert, Lhopital y d'Aguesseau. La entrada principal tiene una gran puerta con una columnata corintia á cada lado; en el gran patio de entrada hay dos estatuas que representan la Prudencia y la Fortaleza.

Hé aquí la historia de la fundación del cuartel de Inválidos. Enrique IV inauguró la fundación de un asilo para los soldados veteranos ó imposibilitados; pero Luis XIV, que aumentaba su número con las guerras continuas que sostenía, concibió la necesidad de edificar un edificio mas vasto para este objeto.

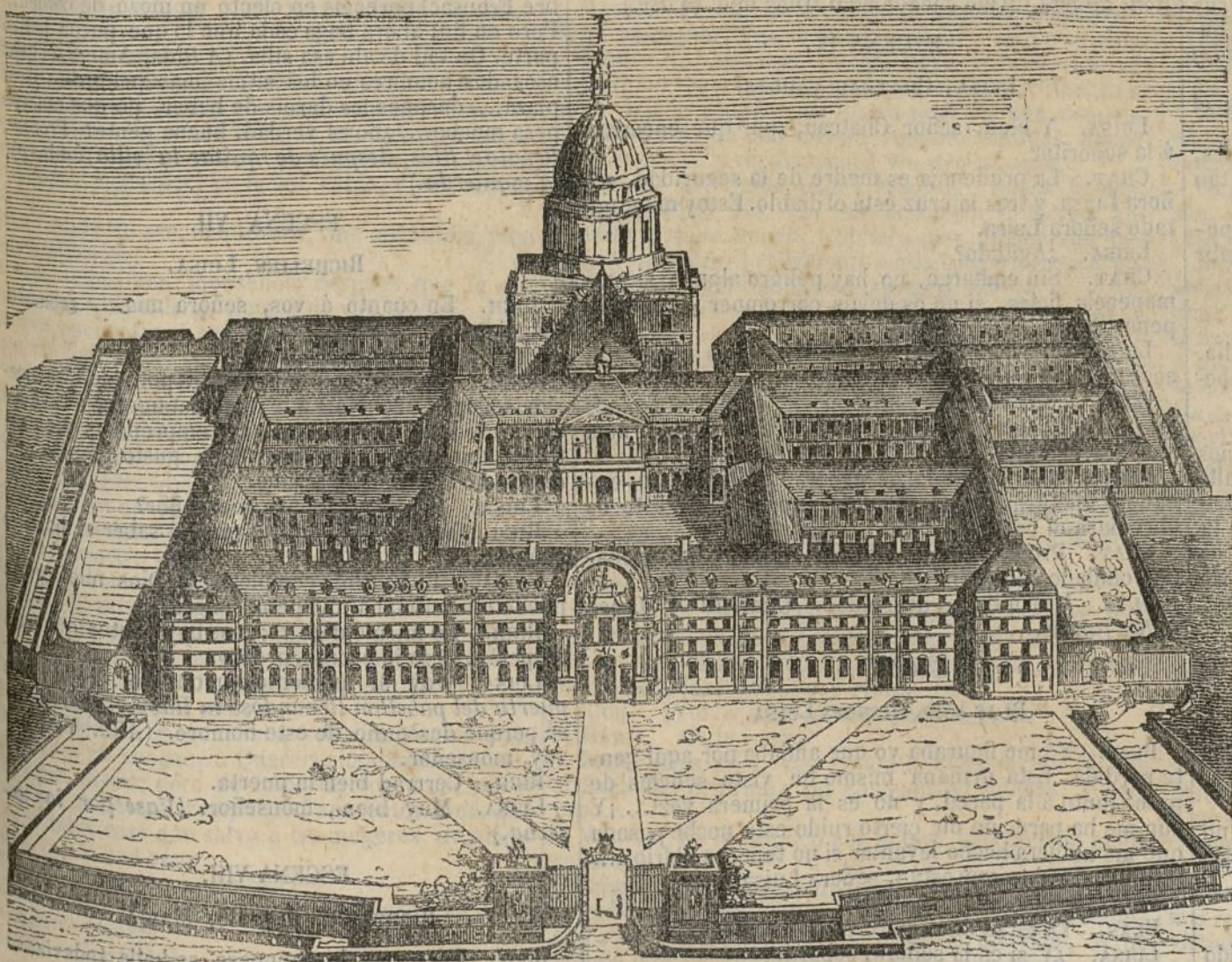
Así lo decretó en 1670, y cuatro años después ya empezaron á alojarse en el nuevo Hôtel des Inválides, que es el actual, algunos oficiales y soldados.

El edificio es grandioso y de bella arquitectura, y está ademas admirablemente situado; recibe luz y ventilación de varios patios espaciosos de los cuales el mayor tiene ciento treinta metros de largo y sesenta y cuatro de ancho.

La fachada principal, en cuyo centro está la portada, y cuya arquitectura no es de muy buen gusto, dá sobre un espacioso paseo de doscientos metros de largo, llamado la Esplanada, y que llega hasta la orilla del Sena.

En una de las capillas de la iglesia fué colocado el 15 de diciembre de 1840 el cuerpo de Napoleón traído de Santa Elena, mientras se le erige la tumba que tiene decretada.

(Se continuará.)



Cuartel de Inválidos.

con los diferentes edificios que ha tenido este establecimiento.

Nuestra Señora de Loreto, es un hermoso templo, que fué comenzado en 1823. Sus dimensiones totales al exterior, son doscientos cuatro pies de largo, por noventa y seis de ancho. El pórtico es del orden corintio y de muy buen efecto.

El Louvre. El origen de este famoso palacio, y la

un pórtico del orden jónico con doble fila de columnas.

El Conservatorio de artes y oficios, está dividido en muchas salas ó galerías. Se fundó á consecuencia de un decreto de la Convención en 1794, y es indudable que este establecimiento ha ido sucesivamente mejorándose. Su instituto es la educación de los jóvenes que se dedican á las artes, para los cuales hay establecidas diez cátedras.

LA VEJEZ DE RICHELIEU.

Drama en cinco actos

POR LOS SEÑORES OCTAVIO FEUILLET Y PABLO DOGAGE.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

ACTO SEGUNDO.

Jardin, andenes y arboleda. al fondo altas paredes. A la derecha, un pabellón cuya fachada vuelve un poco hacia la derecha y en él una puerta con dos ó tres escalones; frente al público una ventana-balcon. A la izquierda y hacia adelante un banco rústico; cerca del pabellón una silla de jardín.

ESCENA I.

LUISA sentada y leyendo. MARIA trabajando. BLAS el jardinero, escucha la lectura apoyado en su azadon. LUISA y MARIA se hallan sentadas en el banco del jardín.

LUISA. (Leyendo.) «Antes de dejarle dormir, Mentor dijo á Telémaco. Habeis conmovido á la diosa contándole los peligros de que os salvaron vuestro valor y vuestro trabajo, y con eso habeis inflamado mas y mas su corazon, y nos habeis proporcionado un cautiverio mas peligroso. Ella se ha comprometido á decirnos cuál ha sido el destino que ha cabido á Ulises, encontrando medios de hablarlos sin declararse mas...»

BLAS. ¡Y es verdad! á fé de mi nombre.

LUISA. ¿Y quién os pide vuestro parecer, mal criado?

BLAS. No os entadeis, señorita Luisa, que yo no quiero mal á vuestra diosa. Hable cuanto quiera, que chisme, pues sino se fastidiará horriblemente en su isla. Yo tambien me fastidio en la ermita y por eso hablo conmigo mismo y con mis legumbres, á quienes digo: «Buenos dias hijas mías.—Buenos dias, Blas, me respondo yo mismo, haciendo de col ó de zanahoria, ¿qué tal va esta mañana?—Así, así, ¿y tu querido?—Muy bien hijas mías; gracias por la atencion.—No hay de que, al contrario.»

MARIA. ¡Pobre Blas!

LUISA. ¡Mas te valiera estar trabajando!

BLAS. ¡Si es fiesta!

LUISA. ¡Fiesta hoy! ¿y cuál?

BLAS. ¡Toma! ¡mi santo! y por eso me he dicho: ea, Blas, hoy diviértete á tu gusto y no hagas nada; y por eso no trabajo. (Deja su azadon junto á un árbol cerca del banco.)

LUISA. Lo mismo haceis toda la semana, perezoso.

MARIA. (Dejando su labor y descendiendo á la escena á la derecha.) No le riñais, Luisa, ya que son sus dias. (A Blas.) Si lo hubiera sabido, amigo Blas, os hubiera regalado un ramo. (Blas descende á la escena y se encuentra en medio de las dos.)

BLAS. ¡Ah señorita María! con solo miraros es el mejor ramo.

MARIA. Linda galanteria, amigo Blas; tomad, pues, un escudo para recompensaros de haberla hallado tan á propósito.

BLAS. Señorita; ya que sois tan buena, bien podiais pedir á la señora canonesa que me permita salir alguna vez de esta ermita.

LUISA. No le hagais caso, señorita.

MARIA. ¿Os fastidiáis mucho, Blas?

BLAS. ¡Si me fastidio, señorita! vaya si me fastidio. no pocas veces me asalta la idea de arrojarme de cabeza en el estanque.

MARIA. ¡Ah Dios mío!

BLAS. ¿Os asombra eso? ¡si hiciera ya cuatro años que estuviérais aquí sin haber visto mas que la calle de enfrente!... pero así lo ha dispuesto la señora canonesa y es preciso obedecerla, que ha libertado de la miseria y dado de comer á mi padre... ya se vé... es tan buena... pero tambien es demasiado severa. No salir nunca es muy bueno para los frailes; pero yo soy un hombre y no un fraile.

LUISA. (Interrumpiéndole en voz baja.) ¡Silencio, desgraciado!

BLAS. (En voz baja.) No hay silencio que valga; soy un hombre; ¿y qué? (Alto.) ¡Ah señorita María! si yo pudiese tan solo, pasar un dia por París... ¡nunca le he visto!

MARIA. ¡Pobre mozo!

BLAS. ¡Y además me persigue una idea fija que no me deja ni de dia ni de noche, y que me matará si Dios no lo remedia!...

MARIA. ¿Y cuál es?

LUISA. (Inquieta.) ¡Silencio!

BLAS. No hay silencio que valga: (Aparte.) cuidado con la dueña...

MARIA. Veamos cual es...

BLAS. (Con energia.) Quisiera ver á Montmartre.... ¡Oh!... ¡Montmartre!...

MARIA. Os ofrezco que le vereis, amigo Blas.

BLAS. ¿De veras?

MARIA. Os lo prometo.

BLAS. ¡Ah! ¡con qué gusto trabajaré ahora! (Llaman.) Luisa, ¡id á abrir, Blas; probablemente será la señora canonesa.

BLAS. ¡Oh Montmartre, te veré al fin! (Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA II.

LUISA y MARIA.

LUISA. Sois demasiado bondadosa con ese perezoso, señorita.

MARIA. ¡Qué quereis me divierte, y además, señora Luisa, yo tambien tengo mis fastidios y mis pesares!

LUISA. ¡Vos, fastidios! ¡vos pesares! ¿y por qué no los confiáis á la señora canonesa? yo os aseguro que se desvanecerian muy pronto.

MARIA. Yo no se los oculto, señora Luisa, y aun me oye con su acostumbrada bondad. Me dice que espere; ¿pero cómo quereis que espere, si ignora si vive ó ha muerto?

LUISA. ¡Si vive ó ha muerto! pues me parece que vuestro tio goza de la mas completa salud.

MARIA. ¿Mi tio? si; pero no se trata de mi tio.

CHAT. (Al paño.) Bastante bien, ó mejor, mal; quiero decir, no se nada.

MARIA. ¡Pero qué escucho! es su voz... (Entran Mr. Chateau y Blas.)

ESCENA III.

LUISA, MARIA, MR. CHATEAU Y BLAS.

MARIA. Buenos dias, tio mio.

CHAT. (Abrazándola.) Buenos dias, señora sobrina.

¿Ha salido la canonesa, señora Luisa?

LUISA. Desde esta mañana temprano.

CHAT. ¿Y dónde pensais que esté?

LUISA. Probablemente, en casa del señor cardenal de Noailles, pues nos ha dicho la enviáramos allí su silla de manos.

CHAT. Está aquí cerca; voy corriendo. Decidme, señora Luisa, ¿podré llevar á mi sobrina conmigo?

LUISA. ¡Ya sabeis cuán severa es la señora canonesa!

CHAT. Sin duda; pero hay tales circunstancias y tales consideraciones, señora Luisa, que hacen necesarias las escepciones.

BLAS. Eso es verdad.

CHAT. (Separándole.) Quitese de delante, que no se habla con él. (A Maria.) Acercaos, sobrina; escuchad atentamente lo que voy á decirnos.... (La mira fijamente.) ¿Cómo va?

MARIA. (Riendo.) Muy bien, tio; mil gracias.

CHAT. Bueno. ¿Y... qué tal habeis dormido esta noche?

MARIA. Perfectamente, tio.

CHAT. Bueno. ¿Y... á qué hora os habeis acostado?

MARIA. Como siempre, á las once.

CHAT. Bueno.... (Aparte.) Muy ducha ha de ser si pretende engañarme. (Alto.) Muy bien, señorita. Pues que no puedo llevaros conmigo, retiraos y no salgais de ahí hasta que yo vuelva.

MARIA. Como gustéis. (Sube la escalera del pabellón: aparte.) ¡Qué sucede aquí, Dios mío! (Vase.)

ESCENA IV.

LUISA, CHATEAU Y BLAS.

LUISA. Y bien, señor Chateau, ¿por qué encerrais á la señorita?

CHAT. La prudencia es madre de la seguridad, señora Luisa, y tras la cruz está el diablo. Estoy muy agitado señora Luisa.

LUISA. ¿Agitado?

CHAT. Sin embargo, no hay peligro alguno si permanecéis fieles, si no os dejais corromper y no dejais penetrar aquí á ningún extraño.

LUISA. ¿Pero qué sucede caballero? ¿nos amenazan, acaso los ladrones?

CHAT. ¡Tal vez! (Con misterio.) Sed fieles, amigos míos, ó sois perdidos. Yo voy á buscar á vuestra ama para traerla aquí.

LUISA. ¡Ah Dios mío!... esperad un momento, caballero mientras voy á abrir la puerta falsa: esto os abreviará el camino.

CHAT. Pronto, pronto, señora Luisa; y tu muchacho cuidado con dormirte.

BLAS. Descuidad, descuidad. (Chateau y Luisa vándose juntos.)

ESCENA V.

BLAS solo, despues LUISA.

BLAS. Ya me figuraba yo que andaba por aquí gente perdida. Esta mañana mismo he visto señales de pasos junto á la pared, y no es la primera vez!... ¡Y aun me ha parecido oír cierto ruido esta noche pasada que me hubiera hecho levantar si no temiera al frío!... (Llaman.) ¡Oh! ¡aquí están, señora Luisa!

LUISA. (Llegando.) ¿Quién?

BLAS. Ya están aquí, pero yo no abro.

LUISA. ¿Y si es la señora, cobarde?

BLAS. ¡Toma! es verdad; ¿y si es la señora?

LUISA. Mirad por la rejilla antes de abrir.

BLAS. (Alejándose.) Si, si; miraré por la rejilla.

(Vuelve.) ¿Y si no fuera la señora?... Toma, al fin y al cabo, yo lo sabré, porque voy á mirar por la rejilla. (Se aleja hablando entre si.)

LUISA. (Sola.) ¿Qué dice ese necio?... ¡Va volviéndose maniático!... Todos los solterones son lo mismo.

BLAS. (Dentro.) Ella es; es la señora canonesa.

LUISA. ¡Gracias á Dios!

BLAS. (Dentro.) Entrad, señores; vosotros por aquí, por aquí. (Aparece la silla de manos de la canonesa,

que Fronsac disfrazado de mozo de esquina lleva por delante, y Renato igualmente por detras.)

ESCENA VI.

LUISA, BLAS, FRONSAC, RENATO y despues RICHELIEU.

LUISA. ¡Ah señora! ¡qué bien habeis hecho en venir!

BLAS. ¡Ah! ¡si señora! Mr. Chateau que acaba de salir de aquí, nos ha dicho que habia en los alrededores gente perdida.

FRON. (Dejando la silla.) (Aparte.) ¡Uf! tengo curiosidad de saber que pensará mi padre de este golpe.

REN. (Descendiendo.) (Aparte.) Gracias á Dios llegó el primero y Fronsac no sabe.... (Viéndole.) ¡Pero qué veol!...

FRON. ¡Vos aquí!

REN. Veo que hemos tenido la misma idea.

FRON. ¡Silencio! desembaracémonos, ante todo de la canonesa y luego veremos.

BLAS. (Abriendo la portezuela de la silla de manos.) Si señora, Mr. Cha... ¡ah! (Richelieu sale de la silla. Grito general de admiración.)

RICH. Gracias, camaradas, por vuestra bondad. Tranquilizaos, buenas gentes, tranquilizaos. Ya veis que vengo de parte de vuestra ama, pues que me ha prestado su silla. (A Blas.) Deciais, muchacho, que habia venido Mr. Chateau á prevenirnos que alguna gente de mal vivir....

LUISA. Debía introducirse aquí, monseñor.

RICH. Precisamente para socorrerlos me envia la señora canonesa: tranquilizaos. Ya que me hallo dentro de la fortaleza, yo os aseguro que no entrarán. Creo que vosotros no sois gente que se deja corromper.

LUISA. ¡Ah no, monseñor! Mr. Chateau nos ha encargado mucho la vigilancia y la fidelidad.

RICH. (Dándole un bolsillo.) En ese caso, tomad.

LUISA y BLAS. Pero monseñor....

RICH. Es para recompensar vuestra fidelidad. Aquí teneis dos compañeros que os ayudarán á hacer centinela. Voy á darles mis instrucciones.

BLAS. (A Luisa.) Me parece que este hombre es... muy buen hombre.

RICH. (Tomando aparte á Fronsac y Renato.) Ya veis que soy generoso, señores, y que os conservo á mi lado. Respeto siempre á los vencidos.

FRON. ¿Cómo padre mío, érais vos?

RICH. Probablemente.

REN. Pero decidnos, por favor, monseñor, ¿cómo habeis podido?...

RICH. Nada mas sencillo. La silla de la canonesa se encontraba en la antesala del cardenal y me encerré dentro.... hé aquí todo el hecho.... Luego los mozos la bajaron hasta el corredor oscuro á donde los releváteis: los tunos han recibido propina por tres partes diferentes.... ¡En verdad que los mozos de esquina tienen mucha imaginación!... Pero.... ¡qué facha mi pobre Fronsac! pareceis en efecto un mozo de cordel.... Pero en fin; ahora haga cada uno lo que pueda por su parte. Quidad de ahí esa silla. (A Blas.) Amigo, colocad esos dos hombres en los sitios mas peligrosos de la plaza.... despues les dareis de beber, porque esa silla pesa mucho.... ¿no es verdad, buena gente? (Fronsac, Renato y Blas, despues de quitar la silla vándose por la izquierda.)

ESCENA VII.

RICHELIEU, LUISA.

RICH. En cuánto á vos, señora mia.... ¿cómo os llamais?

LUISA. Luisa, monseñor.

RICH. ¡Ah! ¿con qué sois vos?... pues bien, mi querida señora Luisa, vais á ir inmediatamente á casa del señor cardenal de Noailles.... Ya comprendéis que vuestra ama no puede estar muy á su gusto en una casa donde no hay muger alguna.

LUISA. ¿Pero, está mala, monseñor?

RICH. Ya podeis figuraros que al saber el horrible complot....

LUISA. ¡El horrible complot! ¡Ah Dios mío! ¿quién puede querer mal á mi buena señora?

RICH. Lo mismo digo yo; mas hay gentes que nada respetan. Pero id pronto, pronto.

LUISA. Voy al momento, monseñor. (Cierra la puerta del pabellón llevándose la llave.) (Aparte.) No sé porque desconfío de este hombre. (Alto.) Voy; voy voy, monseñor.

RICH. Cerrad bien la puerta.

LUISA. Muy bien, monseñor. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

RICHELIEU, despues, MARIA.

RICH. Pues que la canonesa se halla todavía en casa del cardenal, esto me da tiempo.... Además, yo no salgo de aquí sin adivinar su secreto. ¡Esta sobrina de Mr. Chateau me intriga sobremanera!... ¡táimada canonesa!.... aquí hay misterio, y misterio de amor ó de venganza. La canonesa debe ser un diablo, ó un ángel.... Pero no importa.... si es un diablo le cortaremos las garras, y si es un ángel, las alas.... Ante todo, es preciso averiguar si es ella la que va al baile ó es la sobrinita. La vieja se ha llevado consigo la llave del pabellón; por consiguiente es claro que la niña se halla en él.... ¡Pues yo la he de hablar!.... (Llama á la puerta con su baston.) Nadie responde.... (Llama por

segunda vez.) ¡Nada! ¡tampoco!... ¡No importa romper los cristales!... (Sube sobre una silla y rompe un cristal con su bastón. Se oye un grito. María entreabre poco a poco la ventana.) ¡Aquí está ya... es encantadora!

MARIA. (Después de mirar a Richelieu, da un segundo grito y después sale al balcón con curiosidad.) ¡Oh!... ¡es singular!...

RICH. Perdonad, señorita, si os asusté.

MARIA. Un poco al principio: creí que eran ladrones; pero ya estoy tranquila.

RICH. (Aparte.) Si me conociese no sería así.

MARIA. Buenos días, señor mariscal de Richelieu.

RICH. (Atónito.) ¡Cómo! ¡si será bruja!

MARIA. Buenos días, señor mariscal de Richelieu.

RICH. Buenos días, señorita... Chateau.

MARIA. María de Vierzon, monseñor.

RICH. ¿La sobrina de Mr. Chateau?

MARIA. Para servirlos, monseñor.

RICH. ¿Y por qué milagro, encantadora señorita, tengo el honor de que sepais quién soy?

MARIA. ¿Y por qué milagro monseñor, tengo el honor de veros por aquí?

RICH. ¿Me preguntáis... Estamos muy lejos uno de otro, señorita, para confiarnos mutuamente nuestros secretos.

MARIA. Pues bien, acerquémonos.

RICH. (Aparte.) Me confunde... (Alto.) siento que esteis encerrada en el pabellón.

MARIA. Perdonad, monseñor; vos sois quien está encerrado en el jardín; no podeis entrar aquí, pero yo puedo salir. (Le enseña una llave.) cómo vais a verlo.

RICH. (Se retira.)

MARIA. (Abriendo la puerta y saludando.) ¡Monseñor!...

RICH. ¡Señorita María!...

MARIA. Ahora, monseñor, espero tendreis la bondad de decirme qué es lo que os trae a la ermita.

RICH. (Aparte.) Demasiado viva es para no ir al baile. (A María.) Vengo de parte de vuestro tío y vais a saber por qué; pero por favor, hija mía, decidme cómo me conocéis.

MARIA. Por un retrato vuestro, muy parecido a lo que veo.

RICH. ¡Un retrato mío!...

MARIA. Que he visto en poder de la señora canonesa.

RICH. ¿De la canonesa!...

MARIA. Un día que registré su estuche....

RICH. ¿En su estuche?... Mucha desgracia es.

MARIA. Encontré ese retrato olvidado, según ella me dijo, por sus antiguos dueños; al pie se hallaba vuestro nombre, monseñor; y de aquí tomé pretexto la señora canonesa para predicarme un sermón de moral... Porque habeis de saber, que la señora canonesa tiene una manera de educar que la pertenece exclusivamente.

RICH. ¡Ya lo veo!

MARIA. Según dice, no se deben ocultar a las jóvenes que han nacido para la sociedad los peligros que se encuentran en ella, antes bien, se les deben mostrar claramente a fin que no pequen por ignorancia.... Pero, perdonadme, monseñor, yo hablo, hablo, y tal vez os fastidie....

RICH. Nada de eso, continuad; me encantais y no puedo fastidiarme.

MARIA. Pues bien, monseñor; después que la señora canonesa habló largo tiempo de vos, la dije: si alguna vez encuentro a ese señor duque de Richelieu que se burla de todas las mugeres, yo me burlaré de él, y eso estoy haciendo ahora.

RICH. ¡Perfectamente, hija mía!... ¿Con qué la señora canonesa os habló mucho tiempo de mí?

MARIA. De vos, monseñor, y de todos los que engañan a las mugeres haciéndolas creer que las aman, y como también me enseñó al mismo tiempo el secreto para no ser engañada, hé aquí por qué me veis tan tranquila a vuestro lado.

RICH. ¿Y cuál es ese secreto?

MARIA. El no creerlos ni temeros.

RICH. ¿Sois una niña encantadora!

MARIA. No os creo ni una palabra, monseñor.

RICH. (Amenazándola con cariño.) ¡Guidado!...

MARIA. Tampoco os temo.

RICH. Tal vez os engañeis, señorita María, pues tengo pronta mi venganza. Quereis alucinarme o alucináros a vos misma; pero no importa: voy a deciros el secreto que os da esa tranquilidad aparente; y es, que teneis la única cosa que salva a las mugeres de nuestras asechanzas; el amor.

MARIA. ¿Amar yo, monseñor?

RICH. Y ese a quien amais, os voy a decir su nombre: se llama Renato.

MARIA. ¡Renato!

RICH. Nacido en Orleans, y a mi servicio algún tiempo, es ahora porta-estandarte del regimiento de gendarmes del Delfín: ahora negad si os atreveis, señorita María.

MARIA. (Con ingenuidad.) No os niego nada, monseñor. Es verdad que le amo y teneis razón en todo.

RICH. Os confieso, señorita, que estoy aturdido de verme a mi edad viajando por un mundo completamente desconocido para mí: pero decidme, ¿cuánto tiempo hace que le amais?

MARIA. ¡Ah monseñor! en cuanto a esto os podría

decir que mi amor ha nacido conmigo; Renato vivía al lado de mi casa en Orleans; mientras fuimos niños, ya comprendereis que todo lo ignorábamos; pero un día, estando en el jardín, justamente como aquí, se acercó a mí y me dijo que tenía que confiarme un secreto... temblando me cogió la mano... y como nada me decía, me eché a llorar... y nada más... En esto llegó mi padre, y Renato se escapó; pero ya nada teneíamos que decirnos: nuestro juramento era eterno.

RICH. Decidme, hija mía, ¿las flores de ese idilio, no las ha marchitado ya el aire emponzoñado de un baile de máscaras?

MARIA. ¡De un baile de máscaras!

RICH. Sin duda, señorita, nada quiero ocultaros: Renato os ha seguido esta noche al salir de él y os ha visto entrar aquí. Esto es lo que le ha hecho descubrirlo todo.

MARIA. ¡Renato! ¡después del baile!... ¡volver aquí yo!... ¡Si yo no he visto a Renato desde Orleans!

RICH. ¡Ah señorita María! ¡con qué tratais de engañarme!... Todo lo sé, os repito: vuestros amores, vuestras cartas; todo, todo, hace un año!

MARIA. ¿Hace un año!

RICH. Vuestro encuentro esta noche en el baile de la ópera....

MARIA. ¡De la ópera!

RICH. Sin duda (Al oído.) Y hasta vuestra cita esta noche próxima en el baile de la casa consistorial.

MARIA. (Muy conmovida.) ¡Ah Dios mío! ¡qué oigo! No soy yo, monseñor... os juro que no soy yo... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué noticia!... ¡cuando tanta confianza me inspiraba!... ¡pobre corazón mío!...

RICH. (Aparte.) Decididamente la canonesa es un diablo (A María.) Perdonad, señorita, si os he afligido involuntariamente... tal vez me haya engañado.

MARIA. ¡Ah monseñor! no trateis de engañarme: sed bueno y generoso para conmigo.... decidmelo todo.

RICH. Hija mía, ya os he dicho demasiado.

MARIA. Conque hace ya un año que Renato está enamorado de otra muger... y la ha seguido esta pasada noche, y la ha visto entrar aquí... Pues que no soy yo, debe ser precisamente... ¡oh qué terrible idea!...

RICH. Decidme, hija mía, ¿habeis hablado alguna vez a la señora canonesa, de vuestros amores con Renato?

MARIA. ¿A la señora canonesa?... sí, monseñor.

RICH. ¿Y qué os ha dicho?

MARIA. Me dijo que ambos éramos demasiado jóvenes todavía, y que era preciso esperar.

RICH. Muy bien; pero no os ha dejado entrever alguna vez el interés que la movió a encargarse de vuestra educación?

MARIA. Nunca, monseñor; pero ya lo adivino todo. Ella le amaba, señor duque, y si me tiene aquí a su lado, es para que yo le olvide.

RICH. (Aparte.) ¡Oh instinto de las mugeres!

MARIA. ¡Y me ha olvidado el ingrato! ¿Comprendéis, monseñor, que se pueda olvidar a quien se ama?

RICH. No, hija mía, nunca: pero veamos; tal vez el daño no sea irreparable. Suponiendo que Renato se haya dejado seducir por los amos de una coqueta, estad segura que una sola de vuestras miradas, disipará el encanto, y recobrareis a vuestro amante.

MARIA. ¿Y creéis podré recobrar nunca la confianza perdida? ¡No, no, todo se acabó; ya lo veo! Aun cuando el señor Renato volviera mas enamorado que antes, no logrará calmar mi inquietud, y siempre dudaría! Lo que él me digiese pensaría que ya se lo había dicho a otra; que lo que pronunciase sus labios, no lo sentía el corazón: no se ama dos veces con la misma sinceridad, con el mismo abandono; no lo penséis, monseñor, que aunque seas duque de Richelieu, os diría que no habeis amado nunca.

RICH. No os falta razón; pero os lo repito, el mal no es tan irreparable como parece.

MARIA. Monseñor, cueste lo que cueste, es preciso sepa yo cuál es mi suerte.... ¿No habeis dicho que Renato tenía una cita para esta noche en el baile de la casa consistorial?

RICH. Ciertamente.

MARIA. Y en ese baile de máscaras es muy fácil seguir a cualquiera, espiarle y escucharle sin ser conocida, ¿no es verdad?... Concededme, pues, un favor, monseñor; llevadme a ese baile.

RICH. ¿Yo?... ¿que os acompañe al baile?

MARIA. Os lo ruego.

RICH. Hija mía, vos ignorais ciertamente lo que acabais de pedirme; no conocéis el mundo: y este paso....

MARIA. Os lo suplico por lo que mas ameis, monseñor....

RICH. (Sério.) Hace una hora, señorita María, que os hubiera podido yo hacer esa proposición; pero ahora... escuchadme. En el invierno de mi vida, os he podido ofrecer una rosa temprana y perfumada, y no quiero marchitarla... No, no os acompañaré.

MARIA. ¡Monseñor!... pero alguien viene.

REN. (Entrando por la izquierda.) ¡María aquí!... ¿será posible!

RICH. ¡Es él!... ¡Renato!...

MARIA. ¿Aquí y con ese disfraz?

ESCENA IX.

RICHIEU, RENATO, MARIA.

REN. María ¿sois vos?... al fin os he encontrado.

MARIA. Deteneos, caballero; mirad no os engañeis.

REN. ¿Que no me engañe?... ¿qué quereis decir? ¿así me recibis?

MARIA. Una sola palabra, señor Renato ¿es verdad que mas de una vez, y una de ellas esta noche, habeis estado en el baile de máscaras en busca de una muger?

RICH. ¡Eh! ¡no! os he dicho que eso es una calumnia.

MARIA. Responded, caballero.

REN. Es verdad.

MARIA. ¿Lo oís, monseñor?

RICH. Sí, pero dejadle que se explique.... Vamos, señor Renato, no dilateis la disculpa.

REN. Dignaos escucharme, María. Jamás se me hubiera obligado a ir al baile, si no se hubiera invocado vuestro nombre, y se me hubiera recordado vuestro amor... Vos érais a quien yo esperaba encontrar allí la primera vez que asistí.

MARIA. Y después de esta, caballero, en todas las demas entrevistas que habeis tenido, no ha cesado vuestro error ¿no es verdad? era siempre yo la que esperaba encontrar bajo el disfraz ¿no es eso?

REN. Aun cuando esta confesion me perjudique, mi querida María, os repetiré que me avergonzaria de negar el imperio é irresistible encanto que la voz y expresiones de esa muger desconocida ejercieron en mi alma; pero aunque sea esta verdad tan estraña que se parezca a una mentira indigna, os suplico que me creáis... nunca he cesado de amaros... y entre esta muger y yo siempre ha mediado vuestra imagen encantadora.

RICH. (Aparte.) El niño parece que ama a las dos.

MARIA. Caballero, eso es una locura ó un insulto hacia mí, y nunca... ¡Dios mío! (Rumor en el fondo del jardín.)

(La voz de Luisa, dentro.) ¿Todavía están aquí?

RICH. Y bien ¿qué es esto?

ESCENA X.

Los mismos y FRONSA. Después la CANONESA, FLORINDA, CHATEAU, LUISA y BLAS.

FRON. ¡Perfectamente! ¡ya la conozco! ¡aquí llega bajo la salvaguardia del señor Chateau! ¡La máscara de anoche era la canonesa!

REN. ¡La canonesa! (Se dirige hacia el fondo.)

FRON. ¡Y Florinda, papá mío! Florinda que la acompaña como su camarera mayor.

RICH. ¡Florinda!

MARIA. (A Richelieu.) Ahora mas que nunca quiero ir a ese baile, monseñor. Si os negais a acompañarme iré sola. A las nueve estaré junto a la pequeña puerta del jardín; yo me procuraré la llave. (Vase corriendo al pabellón.)

RICH. (Siguiéndola hasta la puerta.) Permitid, permitid... qué diablo de niña.... (Aparte.) En verdad que si la llegada de la canonesa no nos hubiera interrumpido, me haria pensar en ella mas de lo regular... Y bien, Renato, ¿reconoceis tambien la máscara de Mr. de Fronsac?

REN. Si, monseñor, y no saldré de aquí sin haber obtenido una audiencia.

FRON. Ni yo, por vida mia.

RICH. Después que yo, señores. (Entran la canonesa cubierta con un velo, Chateau, Florinda, Blas y Luisa.)

CHATEAU. (Desde el fondo.) Aquí están, señora; ellos son. Apresurémonos, porque tiemblo por mi sobrina. ¡Ah!... ¡Gracias a Dios!... no está aquí.

RICH. (A la canonesa.) Señora, mi presencia aquí necesita explicarse, y me tendria por muy feliz si pudiera hablaros sin testigos. (La canonesa le saluda, y le indica con la mano a Chateau que parece indeciso y turbado; Florinda repite la misma seña y da un paso hacia atrás, dejando aislado a Chateau en presencia de Richelieu.) ¿Teneis algo que decirme, señor Chateau?

CHATEAU. (Turbado.) (Aparte.) ¡Fatal coincidencia! (A Richelieu.) Señor duque... señor mariscal... monseñor... soy tío. Este título me impone ciertos cuidados que vuestra presencia aquí ha debido... aumentar. He suplicado a la señora canonesa viniese a ayudarme en un combate superior a las fuerzas de un débil mortal. La señora canonesa ha consentido, y por esta vez, al menos, la sabiduría de Minerva, señor mariscal, (Inclinándose) ha vencido a la industria de Cupido.

RICH. Pero, en fin, ¿qué quereis decirme? (Chateau le entrega un pliego cerrado) ¿qué es esto? ¿una carta del cardenal? (Abre el pliego.) ¿Formar un ministerio esta misma noche?... «El rey os espera» ¡Diantre! «Vuestro tío y amigo»... y unida la orden de S. M.... ¡Que se ha de hacer! ¡paciencia! (Dirigiéndose a la canonesa.) Demasiado brusca es mi separación, señora, Y pues que es absolutamente preciso, me retiro; pero no renuncio al placer de volver a ofrecer de nuevo mis respetos a una señora de tan reconocida virtud, virtud esclarecidísima si ha de juzgarse por las personas que os acompañan. (Mirando a Florinda.) (Entrando todos en el pabellón, excepto Richelieu, Renato y Fronsac.)

ESCENA XI.

RENATO, FRONSA, RICHIEU.

FRON. (Riendo.) ¡Ah! ¡ah! ¿con qué estais derrotado?

RICH. En efecto, completamente... y por cierto que no es cosa de risa.

FRON. Sin embargo, debe consolaros el vernos a Renato y a mí, quedarnos para concluir la aventura.

RICH. ¿Y por qué no?

FRON. Mañana os contaremos el desenlace y os divertirá, estoy seguro.

RICH. ¡Cuánta bondad, señores!... pero decidme ¿qué tal andan vuestros hombros? ¿habeis descansado?

FRON. Completamente, papá.

RICH. Tanto mejor, así me quitais todo escrúpulo. Acercadme, pues, la silla.

FRON. ¿La silla?

RICH. ¿Cómo, monseñor?

RICH. Ea, pronto esa silla; despachemos.

FRON. ¡Oh! en cuanto á eso de ningún modo, señor papá mio.

RICH. Vaya, muchachos, no os hagais de rogar.

REN. Permitidme, monseñor...

FRON. ¿Nos tomáis por algunos imbéciles?

RICH. Os digo que vamos á salir juntos como buenos amigos.

REN. De ningún modo.

FRON. ¡Jamás! ¡jamás!

RICH. ¡Qué niños sois!... vais á verlo.... (Entra Blas con un farol en la mano, saliendo del pabellón.) Amigo mio, sed aquí el juez, pues teneis cara de honrado. Aquí teneis á este par de ganapanes á quienes he pagado adelantado su jornal.... ¿creereis que rehusan el llevarme?

BLAS. Justamente me ha dicho la señora que pusiera su silla á vuestras órdenes... ¿Y por qué no quieren esos mal-trabajos?

RICH. Por qué no, amigo mio. (A Fonsac y Renato.)

Vamos á ver, ¿por qué os negais á conducirme? (Fonsac y Renato se miran en silencio.) Ya veis, amigo Blas, no tienen excusa alguna... ¡Gente que yo he pagado!... ¡parece increíble!...

BLAS. ¡Luego os roban!

RICH. Ni mas ni menos... ¿pero no hay por aquí algún comisario de policía?

BLAS. Cerca está el cuerpo de guardia del arsenal.... no tengo mas que llamar, y si no os conducen pronto, van á ir á la cárcel. Ea, canallas, á vuestro oficio pronto, ¿lo entendéis?

RICH. Escoged, señores.

REN. Ya que no hay otro remedio, paciencia.

FRON. (despechado.) Tengo, sin embargo, el placer de haber presenciado vuestra derrota.

RICH. Y yo el de haceros participar de ella... dignaos engancharos, Fonsac. (Entra en la silla.)

BLAS. (Yendo delante á la izquierda.) Por aquí, seguidme.

FRON. (Colocándose entre las varas de la trasera.) El parque es grande.... la noche está encima.... Voy á jugar al escondite. (Levanta la silla y luego la deja huyendo por la derecha.)

REN. ¡Eh compañero!... ¿Qué haceis? voy á ver... (Se aleja.) se marchó... tiene razon por vida mia: sálvese el que pueda. (Huye por la izquierda.)

BLAS. (Volviéndose.) ¡Eh! ¿Quién va por ahí?

RICH. Y bien.... ¿en qué se divierten esos tunos? (Sale de la silla.) Nadie.... en ese caso me

quedo aunque tuviera que ir de nuevo á la Bastilla.

BLAS. (Acercándose.) ¡Tomad! y los mozos, dónde están?

RICH. Se marcharon, amigo; se escaparon y me parece que del lado de la encrucijada.

BLAS. (Tomando una horca.) ¡Ah los ladrones! que pierda yo mi nombre, si no mido sus espaldas con esta horca.

RICH. Excelente idea, amigo Blas, id á tomarles la medida que yo sabré encontrar la puerta.

BLAS. Eso no; me pareis sobrado travieso para que os deje aquí solo. Además, la puerta está cerrada.

RICH. ¿Pero teneis al menos la llave?

BLAS. Si, si, marchemos.

RICH. ¿Estais seguro de tenerla?

BLAS. (Mostrándole la llave en el bolsillo de su chaqueta.) ¡Pardiez! miradla.

RICH. Hacedis mal en llevarla en ese bolsillo tan grande, pues se os podría sacar fácilmente.

BLAS. No hay cuidado; venid.

RICH. Os aseguro que se os la puede sacar fácilmente. (Deja caer unas monedas.) ¿Pero qué es esto?

BLAS. (Bajándose á recogerlas.) ¡Oh! ¡Qué bonita siembra!

RICH. Tomándole la llave del bolsillo y aparte. No la robo, la compro. (Alto.) Guardátelas muchacho, y vámonos que tengo prisa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

LA FISONOMIA HUMANA (1).

El uso no aplica solamente esta palabra á la forma especial ó á los alineamientos del rostro, sino tambien á la expresion de esta parte noble del cuerpo orgánico. Por eso se dice de una persona en quien existen facciones regularizadas que tiene una bella fisonomía, y de otra cualquiera, cuya cara inmóvil no significa nada, que carece de fisonomía, y de otros que anuncian su fisonomía cierto aspecto patibulario.

En este último sentido se considera la fisonomía indicio del carácter, del humor y hasta del temperamento. Los ojos y la frente anuncian el pensamiento; las cejas caracterizan mas y mas la expresion, y si pasamos del hombre al animal, veremos que la ferocidad aparece pintada en la mirada del león, y la estupidez, en la del buey. ¿Cuántas palabras, cuántas frases no espresa con claridad una mirada tierna y apasionada ó amenazadora, una oportuna sonrisa graciosa ó mofadora? Si el mármol, si el lienzo parece que se animan al influjo de la diestra mano de un hábil artista, ¿qué no espresará una fisonomía viva que sale de las manos del supremo Creador? No hay duda que la fisonomía es el espejo de nuestra alma, del hombre interior; es un lenguaje mudo donde se reflejan nuestro carácter y nuestras pasiones.

Se observa con frecuencia que el sordo-mudo participa de una fisonomía mas decidida, mas espresiva que los que poseen el gran recurso de la palabra, la impaciencia natural de los obstáculos desarrolla en ellos el arte de apelar á todos los recursos naturales á un alma que tiene necesidad de hacerse comprender. La fisonomía está casi siempre en relacion con la sensibilidad del alma, con la energía ó viveza de las pasiones; y en circunstancias iguales, la fisonomía será mas variada en un sordo-mudo meridional, que un sordo-mudo septentrional. Nótese cuando hablamos con el primero, que sus ojos

quieren salirse de sus órbitas, al paso que el semblante del segundo queda comparativamente al otro, en un estado de impasibilidad.

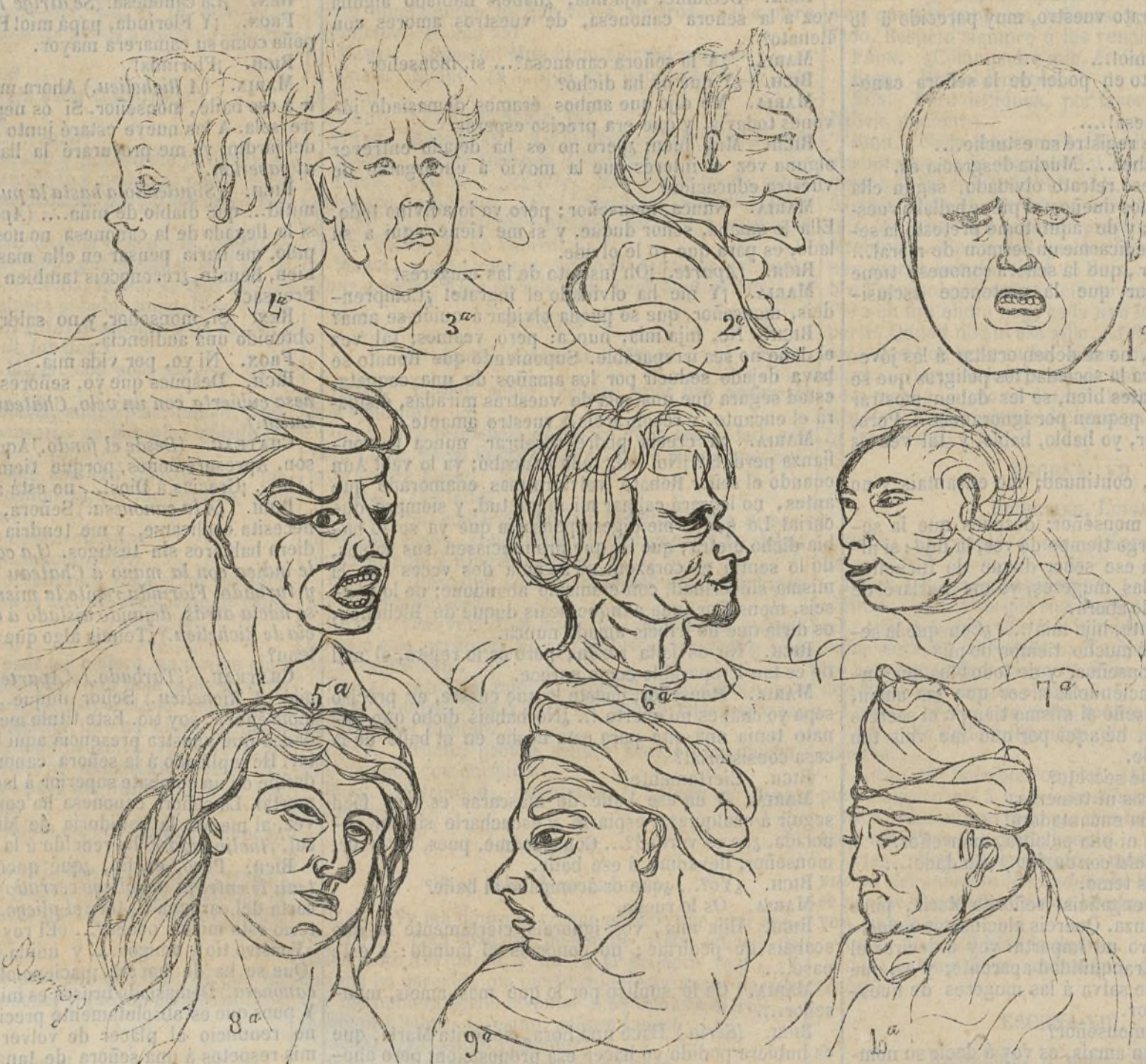
Ocioso es añadir que el lenguaje de los gestos se modifica diferentemente segun los paises, el idioma y los caracteres, sin que desaparezca por eso su otro carácter de unidad y universalidad.

La alegría dilata la frente, la tristeza la pone rugosa y la cólera la inflama. La sorpresa, la admiración ó la curiosidad, hace que la boca se entreabra, que la frente se dilate, y si se dilata de una manera escensiva, si la mirada se altera y las facciones se desfiguran, encontramos en esta nueva fisonomía el signo evidente

por lágrimas mentirosas y falsas? Nada es mas verdad que lo que dice cierto poeta latino: *Fronti nulla fides*. ¡Oh fisonomías engañosas! Sin embargo, ciertos hombres han ido mas lejos, han querido notar en las distintas partes del cuerpo humano indicios vehementes sobre las aptitudes físicas y morales, y sobre los temperamentos.

Cada pueblo tiene su tipo especial de fisonomía. Los ingleses tienen generalmente la cara prolongada; los griegos la tienen hermosa y llena de expresion y armonía. El gran número de estatuas que adornan nuestros museos, atestiguan nuestro aserto. Buffon ha dicho que el estilo es el hombre; esto es verdad algunas veces. El estilo de Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, tiene el sello de un alma dulce y sensible; virtud respira en cada una de las páginas de esta sublime y santa escritora; pero, sin embargo, lo que dice Buffon es una de aquellas proposiciones trevidas, mas brillantes que sólidas, que se administran porque no nos tomamos el trabajo de analizarlas y separar la dicción pomposa y adornada que embre el vacío de las ideas. Por otro parte, el estilo de un autor puede variar segun el asunto que se trata? ¿Un solo escritor, no puede poseer varios estilos? El estilo del Quijote es igual al de Persiles y Sigismunda de Cervantes? ¿A cuál de estas dos obras parece su *Viage de Parnaso*? ¿Quién observa un mismo estilo en el numeroso catálogo de las obras del inmortal y fecundo Lope de Vega?

Lavater fue un grande fisionomista; varios ingleses han escrito sobre fisonomías, y entre ellos, aunque



del furor. La envidia hace fruncir el entrecejo, se juntan los dientes y las mejillas se contraen. La desesperación altera notablemente los músculos de la cara, el desden ó el desprecio eleva un tanto las estremidades de la boca, y abre las alas de la nariz en diferentes sentidos, la timidez baja los ojos. Añádese á esto el encendido carmin que colora las mejillas de una joven, y hallaremos en esta imagen la viva representacion del pudor. La mirada levantada anuncia por el contrario, la imprudencia y el orgullo. Tales son las diversas expresiones que se encuentran en la fisonomía humana. ¿Pero quién puede estar seguro de no dejarse engañar por un aire de fingida franqueza, ni dejarse enternecer

tratan de una materia igual, andan las mas veces en completo desacuerdo.

Sobre este asunto, puede dar una gran luz á nuestros lectores, si quieren estudiarlo mas de lleno, la edicion del libro de la *Fisonomía* de Aristóteles, de Andrés de Lacuna.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior. Nada es tan glorioso como morir en defensa de la patria.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO. Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número...

(1) Número 1.º Dolor físico. 2.º Risa. 3.º Espanto. 4.º Asombro. 5.º Terror. 6.º Observacion. 7.º Observacion estúpida. 8.º Extasis. 9.º Admiracion. 10. Meditacion.